

Revolución POR MINUTO

*Romance: La universitaria y
el chico malo motero*

SUSANA TORRES



REVOLUCIÓN POR MINUTO

Romance: La universitaria y el chico malo motero



Por **Susana Torres**

© Susana Torres 2017.

Todos los derechos reservados.

Publicado en España por Susana Torres.

Primera Edición.

Autora N°1 en Erótica (España) en menos de 7 días a la venta.

*Dedicado a;
Francisco, por apoyarme siempre.
Iris, por confiar en mí y estar siempre ahí.*

[Haz click aquí](#)
**para suscribirte a mi boletín informativo y
conseguir libros gratis**

CAPÍTULO I

Era lunes, otro difícil y complicado lunes en la universidad. No sé por qué, pero los días más duros de mi vida eran a principio de semana. Amaba ir a estudiar, a formarme en medicina, mi sueño desde niña.

Ayudar al prójimo era a lo que me dedicaría para siempre, pero ese lunes de febrero, ese bendito lunes, viví una experiencia tan excitante que el futuro que me tracé cambió por completo.

Justo al salir de la última clase, a eso de las 11:00 de la mañana, me dirigí al estacionamiento de la Facultad de Medicina de la Universidad Autónoma de Madrid a esperar a que el chofer me recogiera como todos los días.

A mis padres, siempre sobreprotectores les aterraba que cogiera el transporte público, mientras que a mi me aterraba la idea de conducir un coche, así que no me quedaba más que continuar con lo más seguro, muy en mi zona de confort.

Algo no marchaba muy bien, el reloj marcaba las 11:30 a.m. y Horacio, el chofer no llegaba. Mis manos comenzaban a sudar, mi paciencia se acababa y el miedo me asediaba, presentía que algo no iba bien.

Caminé hasta la orilla del asfalto con la esperanza de ver llegar el coche, pero fue peor la decisión. De la nada apareció un cretino amenazándome con una navaja. Yo estaba muerta de miedo y me refugié en mi carpesano. No sabía qué hacer. Solo quería llorar.

Pensaba lo peor, pero de pronto aparecieron 6 hombres misteriosos y corajudos a bordo de sus motos. Uno de ellos, el más valiente – supuse- de un solo golpe con su puño americano me quitó de encima al sujeto que intentó robarme. Luego le propinó dos pastadas en las costillas para dejarlo tendido e inmóvil en el suelo. Quedé sin aliento y a la vez sorprendida.

Todavía refugiada en mi carpesano y casi muriendo de la impresión, apenas pude levantar la cara para mirar a mi salvador: Un hombre como de 26 años, alto, rubio, de espaldas anchas, vestido con chaqueta de cuero negro, jeans desgastados, cadena de metal en las caderas y mirada intimidante.

Me dijo con una sonrisa: ¿Estás bien? – Sí, gracias – le respondí con voz temblorosa del miedo y un poco de timidez. Mientras sus amigos terminaron de sacar del sitio al ladrón.

Perdí la noción del tiempo, miré el reloj nuevamente y apenas eran las 11:40. Todavía con el susto y al mismo tiempo impresionada por “mi salvador”, apareció Horacio.

-Señorita Natalia, disculpe la tardanza, suba rápido al coche, por favor-,

dijo Horacio.

-Parece que no podré conocerte bien hoy- susurró por el otro lado mi salvador.

No sabía qué hacer. Mis padres me esperaban, seguramente angustiados por la hora. Horacio estaba allí para recogerme y yo sentía que necesitaba conocer a ese tipo tan guapo y valiente que me había salvado la vida. No me resistí y por primera vez en mi vida desafié el miedo a mis padres.

-No llegaré todavía a casa, Horacio. Tengo una práctica de urgencia. Yo me encargo de avisarle a mamá -, le respondí a mi fiel chofer, quien con impresión no se molestó en insistir y se marchó.

Inmediatamente el valiente desconocido me invitó a montarme en su moto para sacarme de ahí y terminar de pasar el amargo episodio.

- ¡Oh, mucho gusto! Soy Javier León. Prometo que te dejaré sana y salva en tu casa en un par de horas-, me dijo, al mismo tiempo que tomó mi mano y la besó, provocando mil revoluciones dentro de mí.

- Yo me llamo Natalia. Natalia Valverde -, respondí nerviosa, con mi carpesano pegado al pecho y con las gafas mirando al suelo.

Todavía no me lo podía creer. ¡Me iba a no sé dónde con un desconocido guapísimo que acababa de evitar que me robaran!

CAPÍTULO II

Finalmente llegamos al lugar al que me invitó. Una modesta cafetería ubicada en el medio de un barrio de Vallecas. Tomamos una mesa para nosotros dos, mientras que sus amigos prefirieron quedarse en la barra hablando con las chicas que atendían.

- ¿Qué va a tomar la señorita? –, preguntó amablemente una joven mesera.

- Un té verde, por favor-, respondí.

- ¿Un té verde? ¡Ja, ja, ja! Yo quiero un café doble, por favor –, dijo el ya no tan desconocido.

¿Acaso se está burlando de mí? Me pregunté a mi misma, mientras la cara de inseguridad se me notaba de Madrid a Venezuela.

- ¿Pasa algo, Natalia? - preguntó, mientras levantaba mi rostro desde la barbilla.

- No, no te preocupes – respondí confundida.

- No, no me burlaba de ti, si es lo que crees. Solo me pareció extraño que no pidieras café. Jamás sería capaz de molestarte, al contrario, estás para hacerte feliz de mil maneras – asestó con picardía.

¡Caramba! Supo cómo me sentía, pensé. Así fue como pasé de insegura a tímida, luego incrédula, después a impresionada. En fin, este tipo sí que me hacía sentir mil cosas al mismo tiempo en un par de segundos. Nunca me había sentido así.

¡Demonios, casi lo olvido!, recordé en un instante. Tenía que avisarle a mi madre que no llegaría temprano a casa. Tomo enseguida mi móvil y tenía 10 llamadas perdidas. Era mamá angustiada.

En ese preciso momento entra una nueva llamada.

-¡¿Dónde estás Natalia?! Mira la hora que es y no sabemos nada de ti- preguntó mamá como si el mundo estuviera a punto de extinguirse.

-Perdón mamá, tardé un poco en avisarte que me quedaría a una práctica de urgencia. Es que fui a la cafetería con Laura y me distraje, pero ya casi salgo-, respondí con todo el miedo del mundo.

-Está bien, Horacio irá por ti en media hora- dijo mamá antes de cortar la llamada.

Me volví como loca y me paré rápido de la silla.

- ¡Debo irme ya mismo, mi mamá me está esperando furiosa en casa! – le dije a Javier.

-Pero si todavía no traen tu té verde, además tenemos unos cinco minutos

de haber llegado-, me respondió angustiado.

-No se preocupe señorita, disfrute tranquila que de aquí vamos directo a su casa -, escuché desde el fondo. ¡Era Horacio! Se apareció de la nada en la cafetería. Me estuvo siguiendo todo este tiempo.

-Te puedes ir a tomar un descanso, prometí dejarla en su casa sana y salva-, se le reveló con propiedad Javier a mi chofer y le confirmé con un gesto. Horacio se fue. Un poco molesto, al parecer.

No le di más vueltas al asunto y finalmente llegó mi té verde y su café. Ya con un poco más de confianza, le pregunté cómo fue que se abalanzaron hacia el tipo que trataba de robarme y no llamaron a la policía: “Nosotros ponemos orden donde la ley no tiene tiempo o ganas”, respondió tajante.

- No quiero que te vayas sin decirte que me has cautivado con tu pureza y belleza. Me dejás loco, Natalia. Además de llevarte a casa, prometo de ahora en adelante ser tu protector- Confesó Javier, mientras se acercaba a mi, tomó mi mejilla y me besó. Casi vuelvo a morir. Mi corazón casi se sale del sitio y sentí una calentura increíble.

- ¡¿Pero qué me pasa?!-, dije en mi mente.

Mi guapo salvador se despegó de mi y recordó que debía dejarme en la puerta de mi casa en 20 minutos y estábamos un poco lejos. Pagó la cuenta, se despidió de los amigos y me tomó de la mano hasta llegar a su motocicleta negra. Todavía con torpeza logré montarme en ella y tomar del torso a Javier León... ¡Oh, qué sexy león!

Justamente llegué a la puerta de mi casa cuando Horacio también lo hacía. ¡Pero qué demonios, este hombre me está persiguiendo!, pensé. No hice caso de la situación y entré antes de que mis padres se preocuparan más.

CAPÍTULO III

Al llegar a casa pasé rápido a mi alcoba, evitando cualquier tipo de interrogatorio de mamá y papá. A mis 20 años todavía me aterraba pensar en darles explicaciones de mis actos, que apenas haberme quedado a dormir en casa de Laura sin avisar temprano era lo más arriesgado que había hecho.

Estaba cansada, ya eran las 2:00 de la tarde y no quería hacer nada. Solo pensar en lo que había sucedido, en Javier, en el beso, ¡mi primer beso! Y todo lo que estaba sintiendo dentro de mí ese lunes... Que después de todo no iba tan mal, hasta que recordé que no me quedó ningún tipo de contacto con él. ¿Ahora cómo podría saber suyo?, ¿Lo volveré a ver? ¡Ay no, qué tonta! En eso me llegó un mensaje al WhatsApp.

Laura: No creas que no vi al tío guapetón con el que te fuiste en moto. ¡Qué macho!

Yo: Qué pena, Laura. No sé cómo fui capaz, supongo que la reacción por el susto.

Laura: ¡Que te sigan asustando, amiga! Un héroe así no se consigue todos los días. ¿De dónde apareció?

Yo: No lo sé, solo recuerdo que estaba allí y me salvó.

Laura: ¿Y a dónde fueron? ¡Aaaay, no me digas que tuvieron una cita!

Amor a primera vista. ¡Me encanta!

Yo: Deja de hablar babosadas, ya sabes que eso no es lo mío. Fuimos a una cafetería a pasar el susto, sólo eso.

Laura: Dime al menos que le diste un beso de agradecimiento y quedaron en verse de nuevo.

Yo: Luego hablamos, Laura. Ahora estoy muy cansada, les debo una explicación a mis padres y sigo con el susto en el pecho.

Laura: Está bien. Luego me cuentas cómo fue tu primer beso.

A todas estas bajé a comer, estaba muerta de hambre. Tanto, que dejé la ducha para después. Mis padres no mencionaron una sola palabra de lo sucedido en la mesa y ya me sentía más tranquila, pero súper pensativa por Javier. Quería verlo de nuevo.

Mientras tanto, volví a subir al cuarto para cambiarme y seguir pensando en ese beso que me removió todas las fibras de mi piel. No olvidaba su actitud rebelde, desafiante y a la vez tan caballero, conversador e interesante. Sus ojos grises y cabellera descuidada y rubia lo hacían tan sexy que cualquier chica se rendiría a sus pies, hasta la más guapa.

Seguro tenía muchas enamoradas, o incluso, ya estaría enamorado de

alguna otra. ¿Cómo se iba a fijar en mí? Tan blanca, delgada y nada de ropa atrevida, además, el cabello demasiado largo y sin volumen. ¡Soy tan correctamente gris! No creo que haya impactado a ese chico – Me decía una y otra vez -, pero olvidaba que habría prometido ser mi protector a partir de ese día.

Entre tanto quebradero de cabeza me quedé dormida. Desperté a eso de las 6:00 p.m., aturdida y con un grito de mamá: ¡Natalia, recuerda que a las 8:00 viene la familia Ramos a visitarnos!

¡Qué fastidio!, ya estaba harta de reuniones de sociedad, de conversaciones forzadas sobre religión, familia y la vida perfecta que debía seguir, como toda una mojigata. No era posible que a mis 20 años nunca había tenido pareja. Sí, no lo era todo para mí, quería ser doctora y ayudar a los más necesitados de salud, pero algo se despertaba en mí, unas ganas de... De Javier y sus besos.

Me puse triste y quería desahogarme, pero podía morir de la vergüenza si le contaba a Laura. Así que me tranquilicé, me duché y comencé a revisar el clóset para escoger uno de mis aburridos y conservadores *outfits* para la cena, cuando de pronto sentí un pequeño ruido que venía del balcón. Me asomé por el ventanal que daba al jardín, pero no vi nada extraño. Todavía en bragas seguí escogiendo la ropa y mirándome en el espejo.

Se me ocurrió volver a mirar al ventanal, y me di cuenta de que había alguien allí mirándome, ¡qué susto! Casi grito cuando me fijo bien que el intruso era Javier. No supe qué hacer. Me estaba viendo casi desnuda, pero estaba allí. No lo podía creer. Tomé una bata y corrí a abrirle la ventana para que nadie lo descubriera y se armara un lío.

-¿Qué haces aquí?, le pregunté enseguida.

-Vine a verte, no pude esperar para volver a saber de ti. Todo pasó muy rápido, quería conocerte mejor -, me respondió.

-Pero no puedes venir así hasta mi casa, me puedes meter en un grave problema -, le refuté.

-Puedo enfrentarme a lo que sea por ti. Me tiene mal, Natalia-, aseguró mientras me tomaba por la cintura y me miraba con deseo.

Comenzó a besarme apasionadamente, mientras yo estaba impactada. Lamía mis labios y luego pasó su lengua por la mía. Me apretó más fuerte hacia él y pude sentir su erección sobre mi pelvis.

– ¡Estás loco, Javier! –, le dije.

– No digas nada, confía en mí y déjate llevar –, respondió mirándome a

los ojos.

La verdad es que no me pude resistir a lo que sentía. Mi piel estaba erizada, caliente, mis palpitaciones cada vez eran más intensas y de repente comencé a sentir mi sexo humedecido, pero me dejé llevar como me dijo, me entregué a las mil revoluciones por minuto que provocaba en mí. Como pude, pasé el seguro de la puerta y me dediqué a continuar en lo que estaba.

De un solo tirón me quitó la bata, sus besos pasaron de la boca al cuello, luego a mi pecho mientras sus manos acariciaban mis senos. Con eso estallé y ya no había marcha atrás, me encantaba la sensación y como pude, me atreví a despojarlo de su ropa. Le quité la chaqueta de cuero y la camiseta que llevaba debajo.

Pude ver y sentir su fornido torso, su rico olor masculino, su musculatura tan marcada. Me perdí en su cuerpo. Él comenzó a lamerme los pezones y a frotar mi sexo.

– Nunca había hecho esto-, le dije.

– Tranquila, Natalia. No te haré daño, nunca lo haría –, me susurró al oído con los ojos cerrados.

Así continuó nuestro idilio de amor. Me quitó las bragas y con su lengua fue bajando desde mis pezones, por todo el torso hasta llegar a mi pubis. Allí abrió mis piernas y se acomodó de manera que lamía mi sexo de arriba a abajo rápidamente. Yo temblaba, gemía y apretaba las sábanas. Miré lo que hacía y él también fijó su mirada en la mía.

Se levantó poco a poco y fue metiendo sus dedos en mí sutilmente. Al mismo tiempo me pedía que me relajara. Se quitó el pantalón, se puso un condón y lentamente ahora él se fue metiendo en mí. Me dolía un poco, pero me gustaba cómo se iba deslizando. Seguía fija su mirada con la mía y comenzaba a moverse hacia adentro y hacia afuera.

Me besaba y yo no me podía controlar. Lo tomé por su rebelde cabellera rubia como todo un león salvaje y nos entregamos a la pasión por completo. Nuestro sudor se mezclaba, nuestros sentidos se perdían, solo disfrutábamos el momento, la penetración, las caricias hasta que comenzamos a gemir al mismo tiempo. ¡Fue mágico!

Luego de unos minutos me percaté de la hora. Eran las 7:30 p.m. y mamá golpeó la puerta: Natalia, ¿estás ahí? -, preguntó.

Me paralicé del susto y le respondí:

– Sí madre, en un momento bajo.

– Es por si viste a alguien merodeando en el jardín. Parece que había un

intruso, nos alertó Horacio. Pero quédate tranquila en tu cuarto. No salgas hasta que te indique -, agregó.

Obviamente me preocupé mucho más porque era posible que descubrieran a Javier. Entonces le dije que se vistiera y se fuera lo más pronto posible, y así fue. Pero esta vez me aseguró que al otro día nos veríamos, así que lo despedí, volví a ducharme y me alisté.

Me sentía extraña. Un poco adolorida y como si hubiese dejado ir una parte de mí y en cierto punto así había sido. Ya no era la misma universitaria virgen que habían intentado robar más temprano.

Esa noche hasta me pareció divertida la cena con los Ramos y me fui a dormir relajada, con una sonrisa gigante y con ganas de que ya fuera martes.

CAPÍTULO IV

Al otro día, al salir de clases, Laura me acompañó a esperar a Horacio, luego del intento de robo que había sufrido un día antes. Y como era de esperarse, quería saber mucho más del “salvador anónimo”.

-Me encanta el semblante que tienes hoy. Irradias emoción. Ya no te escondes detrás de las gafas... Me huele a amor. ¡Ja, ja, ja!-, aseguró mi intrépida mejor amiga.

-¡Pero qué dices! Que no me ha pasado nada. Solo que debo andar más alerta para no ser blanco de los asaltantes -, le respondí.

-A mí no me engañas, algo pasó con la guapura rebelde que te salvó ayer-, reiteró.

-Pues, no. No pasó nada entre nosotros-, refuté con timidez.

Todavía no tenía valor para contarle TODO lo que me había pasado ese lunes, y ni modo. Horacio llegó puntual como siempre y me salvó de Laura... En ese momento.

Apenas me subí al coche llegó un mensaje suyo: ¿Tu guardián calculó mal la hora o lo dejaste embarcado?

¡Demonios! Javier seguro fue a buscarme. Pero, ¿cómo le explico que no puedo escapar?, además, no tengo su número de teléfono y Horacio no creo que vuelva a taparme. Es mejor que llegue a casa y lo espero por la ventana. Lo más probable es que lo haga, pensé. Entonces el chofer, que ahora actuaba sospechoso, cruzó un par de palabras conmigo.

-Señorita Natalia, no es mi asunto, pero tenga cuidado con ese hombre. No sabe su procedencia y podría meterla en problemas -, alertó.

-¿Lo conoces? -, le pregunté.

-No, pero lo he estado siguiendo y me he percatado de su comportamiento. Es de cuidado. He visto cómo junto a sus compinches golpea salvajemente a otros. Tenga cuidado-, volvió a advertirme.

Como nunca he tenido suficiente confianza con él, no seguí la conversación. Además, me parece que sus intenciones de ayudarme tienen otro propósito. Horacio es un hombre joven, de 24 años que mis padres han ayudado desde muy pequeño junto a su mamá, quien es parte de la servidumbre de mi casa.

Estudia por las noches y me lleva a todos lados, pero a veces siento que me ve con otros ojos, como si estuviera enamorado de mí y ahora celoso por la situación en la que me ha pillado. Sin embargo, sé que debo tener más cautela con el león. A fin de cuentas, es un desconocido y yo una tonta...

enamorada a primera vista.

Al llegar a casa volví con mis rutinas de siempre. Comer, ducharme, estudiar, descansar, ir a la iglesia y acompañar a mis padres a todo lo que quieran. Mi vida era tan aburrida que no me había dado cuenta de que lo era. Por ello, me refugiaba en mi carrera y nada más. Pero ahora tenía en mis pensamientos a este ser tan irresistible y guapo que me había hecho suya tan divinamente.

Mientras me lancé a la cama a pensar, recordé sus besos, sus caricias, su olor, cómo me tocaba y cómo me hizo el amor. Comencé a sentirme excitada y húmeda otra vez. Solo quería que apareciera por la ventana y volviera a hacerme suya. Entre tantos pensamientos me dejé llevar por mis instintos y apretaba mis senos como él lo hacía. Froté mis pezones hasta ponerlos muy duros.

Así introduje una mano entre mis bragas y sentí la humedad de mi sexo. Froté y froté como lo hacía Javier y poco a poco metí un dedo y hacía los mismos movimientos que él. De pronto sentí que me perdía, no podía pensar.

Me ahogué en tres gemidos y finalmente me corrí. ¡Oh mi Dios, me masturbé! No pude evitar llenarme de vergüenza y ni podía mirarme al espejo. Me fui al baño a asearme y luego, cuando traté de estudiar, me quedé dormida.

Desperté más temprano de lo habitual en mis siestas y entonces llegó mamá a ordenarme que me alistara a las 5:00 p.m. porque iríamos a casa de los Alarcón a recibir a Bernardo, el hijo menor de la familia que regresaba de Alemania.

Una de esas reuniones a las que nunca quería asistir, pero no podía negarme a menos que quisiera un sermón o castigo. En fin, me fui con ellos, pero mi mente estaba en mi alcoba frente al ventanal, esperando a Javier... ¡Ay Javier, no te aparezcas todavía!... Deseaba en ese momento.

Finalmente llegamos a la hermosa vivienda de los Alarcón, una familia intachable, de lo mejor de la sociedad y de los mejores amigos de mis padres. Tanto el señor Fernando como la señora Cristina me saludaron con mucho gusto y ansiosos porque viera a Bernardo.

-Querida Natalia, estás muy guapa. Seguro le encantará a Bernardo-, exclamó la señora Cristina.

-¡Gracias! Señora Cristina-, le respondí sonrojada.

¿Guapa yo? ¡Pff!, solo en los pensamientos de Javier, me dije... Sí, nunca me sentí muy llamativa que digamos, hasta que bajó Bernardo. Un chico bien

parecido, blanco, de cabello negro, muy elegante y en forma, como todo de la alta sociedad, ni hablar del intelecto. Sin embargo, un poco arrogante, déspota y antipático. Aunque esa tarde se comportó un poco diferente.

-¡Natalia, cuánto tiempo sin verte! No has cambiado mucho, solo un poco más crecida-, dijo delante de todos con un gesto medio burlón.

-Bue... Bueno, ya es hora de cenar. Vamos todos al comedor-, expresó rápidamente la señora Cristina como para tratar de solventar el comentario de mal gusto de su hijito.

La verdad es que ya me sentía incómoda. Bernardo siempre me había parecido un cretino y yo tenía muchas ganas de volver a ver a mi salvador, a quien esperaba con ansias asomado en la ventana de mi cuarto.

Corrían las horas y para mi eran años. Quería volver a casa lo antes posible, así que decidí hacer un poco de presión y salí a tomar aire, casi sin que nadie se diera cuenta. Cuando me asomé un rato por el jardín conseguí una sorpresa: Bernardo y su despiadado sentido del humor.

-¿Qué te trae por aquí, querido angelito? ¡Ja, ja, ja!-, me preguntó.

-Solo vine a tomar un poco de aire, pero ya vuelvo a entrar-, respondí molesta.

-No, quédate un rato aquí, no me tengas miedo. Si quisiera hacerte algo ya te lo habría hecho, créeme-, comentó con su particular arrogancia mientras yo lo miraba intimidada y con ganas de salir corriendo.-Estás crecida y llamativa. Deberías aceptar una invitación a tomar vino de mi parte. ¿Te parece si más tarde te recojo en un casa y salimos a conocernos mejor? No puedes negarte a salir con el pretendiente que cualquier chica de Madrid quisiera tener-, preguntó.

-Discúlpame, pero no estoy acostumbrada a salir tan tarde. Tampoco a ingerir licor, a menos que sea una cena. Mejor lo dejamos para otro día, además debo estudiar para un examen-, le respondí al mismo tiempo que casi salía corriendo del jardín.

Entré a la casa y ya mis padres se estaban despidiendo. ¡Al fin podría esperar a mi ángel guardián tranquila en mi alcoba!

Se hicieron las 9:00 de la noche y ya me tocaba dormir, pero nada que se acercaba por la venta. Quizás eran deseos que mi mente hacía creer que se harían realidad, pensaba. Y a decir verdad, nunca me dijo que volvería.

¿Será que ya no quiere nada conmigo?, ¿Y si solo quería tener relaciones sexuales y luego irse? Después de todo es un hombre hecho y derecho, quizás no le interesaba andar con una... Mojigata como yo, eran las dudas que

rondaban en mi cabeza.

Así se hicieron las 10 y las 11 y no pasaba nada. Yo no podía pegar ni un solo ojo, pero a las 12 no aguanté la espera y me quedé rendida hasta el otro día.

Como de costumbre, fui a clases y salí un poco antes de la hora con la ilusión de que apareciera de repente por el estacionamiento de la Facultad, pero nada. Llegó Horacio, como siempre, y esta vez ningún mensaje de Laura para decirme que mi chico rebelde estaba en su moto buscándome o algo.

Comenzaba a preocuparme. Ya tenía más de un día sin saber suyo y yo loca por verlo. Nuevamente quería encerrarme en mi cuarto a esperar que apareciera. De lo contrario, quien sí me esperaba en el comedor de mi casa era Bernardo. Mis padres se atrevieron a invitarlo a comer con la excusa de que quería saludarle. Lo peor que me podía pasar en ese momento.

-¡Hola de nuevo, Natalia! Me dijeron tus padres que querías saludarme, así que acepté la invitación y aquí estoy, esperando por ti-, dijo el arrogante al verme.

-¡Hola, Bernardo!- Fue todo lo que pude decirle con el asombro y la molestia que me invadía la humanidad.

Sin mediar más, comimos y me retiré enseguida con la excusa de que estaba cansada. Cuando creía que me había zafado de la incómoda visita, golpearon la puerta de mi cuarto y al abrirla era Bernardo. ¡No lo podía creer!

-¿Qué haces aquí, Bernardo?- Le dije.

-Vine a despedirme, baja la guardia, niñita.-, respondió con su particular tono de voz despectivo e insolente.

Me calmé un poco porque a todas estas no debía darle tanta importancia a este tipo, o al menos eso creía. Con todo y los modales que debía tener el muy cretino se me fue acercando hasta agarrarme a la fuerza para besarme y apretarme el trasero. Como pude me zafé y le di una cachetada.

Por si fuera poco, el muy estúpido volvió a agarrarme y me manoseó como si yo fuera su presa. Cuando menos lo esperé tenía visita en el ventanal. ¡Otra vez apareció para salvarme!

El león entró a la alcoba y sin mediar palabra me quitó de encima a Bernardo y lanzó un golpe con su puño americano, dejando al pervertido tendido en el suelo sin ánimos de devolver el puñetazo que le habían propinado. Pero el escándalo ya era evidente y mis padres corrieron a la habitación. Al abrir la puerta se encontraron con el desagradable episodio.

-¡Pero, ¿qué es esto, Natalia?! ¿Qué hacen estos jóvenes metidos en tu

cuarto? y... ¿Peleando?, ¿Quién es este tipo tan salvaje?-, expresó mi madre con todo el drama del mundo.

-¡Este imbécil me golpeó! No sé de dónde salió, doña Sofía-, respondió rápidamente Bernardo, al mismo tiempo que se tocaba el pómulo ensangrentado, donde Javier lo había golpeado.

-¿Quién eres tú y qué haces en el cuarto de mi hija?- Preguntó mamá a Javier y allí casi muero de un ataque al corazón.

-Soy Javier León, el novio de Natalia, señora- dijo.

¡No puede ser! Esa fue la respuesta de mi salvador. Ahí sí que morí.

CAPÍTULO V

Todos quedaron asombrados, incluso yo. No podía creer que Javier llegara en el preciso momento que el cretino de Bernardo se aprovechara de mí, lo golpeará y les dijera a mis padres que era mi novio.

¡Que era mi novio! No sabía qué explicar. Por un lado me aterraba la nueva reacción de mis padres, por el otro tenía a mi salvador ahí. Al tratar dar una respuesta razonable, Javier me interrumpió.

-Entré a la fuerza porque vi cuando este canalla besaba y manoseaba a Natalia a la fuerza. Había quedado en pasar por ella y a eso vengo, a llevármela. No puedo permitir que esté cerca de un cretino como este-, le dijo con toda la determinación del mundo a mis padres.

-Vámonos, Natalia. No te puedo dejar en este infierno-, agregó.

-¡Un momento! No te puedes llevar a mi hija así a la fuerza y menos después de lo que acabas de hacer. Golpeaste a un hombre-, asestó mi padre.

Mi salvador me tomó de la mano y no pude hacer otra cosa que revelarme para irme con él. Al fin salía de un encierro que no me dejaba ser libre, donde no podía ser yo misma, donde solo podía aferrarme a estudiar y a esperar que mis padres escogieran a alguien agradable para casarme cuando ellos lo decidieran.

Al fin podría hacer mi vida a mi manera, sin ataduras y al lado de un hombre que me había abierto las puertas al mundo, me hacía volver loca de las emociones y sensaciones. ¡Oh sí, liberación!

Como pudimos salimos de mi casa y nos fuimos en su motocicleta hasta Vallecas otra vez. Llegamos a la misma cafetería donde hablamos un poco el día que nos conocimos y yo solo quería pellizcarme para constatar de que era verdad todo lo que sucedía, además, quería estar entre sus brazos nuevamente.

Pasamos el rato para distraernos un poco y le dije que me llevara a su casa. Quería estar a solas con él. Volvimos a la moto y llegamos a su vivienda, un departamento modesto pero cómodo, sin lujos, pero arreglado a pesar de ser un hombre soltero, o eso creía hasta el momento, pues, no habíamos profundizado en el tema.

Al llegar a la sala comenzamos a besarnos delicadamente. Luego el fuego fue invadiendo nuestros cuerpos y pasamos al cuarto. Lentamente fue acariciando mi hombro hasta bajarme las mangas del vestido que llevaba puesto. Así deslizó la tira del sujetador, de manera que pudo sacarlo y dejar mis pechos al aire, listos para acariciarlos, apretarlos y dedicarse a estimular

mis pezones hasta ponerlos duros.

Yo me iba soltando y lo besaba como si fuera un manjar que quería devorar. Nuestras lenguas chocaban apasionadamente mientras mis manos bajaban por su pecho hasta llegar a su entrepierna. Sentí su erección y la froté. Me gustaba lo que sentía. Él afincó su mano en la mía para que lo sintiera más y me lanzó a la cama. Me senté en la orilla de manera que quedara a la par con su pelvis.

Abrió su pantalón y sacó su miembro con una erección de los mil demonios. Me invitó a lamerlo y eso hice hasta introducirlo en mi boca lentamente. Me dijo que me dejara llevar por lo que sentía y eso hice. Pasaba la lengua por su miembro de arriba hacia abajo, haciéndolo gemir de placer.

Me miraba con deseo, yo también. Luego me tomó por la cabeza y me ayudaba a introducir su pene en mi boca con más rapidez. Después me tomó por el torso y me levantó, entonces tomó mis senos nuevamente y comenzó a lamerlos. Su lengua hacía lo que quería en la punta de mis pezones.

Mi sexo muy humedecido quería sentir su miembro dentro. Me acostó en la cama, sacó mis bragas bruscamente, se colocó el condón y me penetró. Nos volvimos uno solo y en un mismo ritmo entraba y salía de mi. Me volteó, me dio una fuerte nalgada y volvió a penetrar.

Esta vez lo sentía más profundo y una sensación de que estaba a punto de explotar algo dentro de mí. Me tomó por el pelo, halo hacia atrás y al oído me dijo que le encantaba follarme. Ahora sí sentí una explosión en mi interior y me corrí. ¡Madre mía! Enseguida perdí la consciencia y caí rendida por unos minutos. Al despertar lo primero que vi fue su hermoso rostro y sus ojos grises mirándome con ternura.

-Eres tan hermosa, Natalia-, dijo.

-Y tú tan valiente-, susurré con admiración. Me traía loca.

Enredados entre las sábanas comenzamos a hablar sobre lo que había sucedido.

-¿Ahora qué será de mí? ¿Cómo vuelvo a casa de mis padres y explicarles lo que pasó?-, le pregunté angustiada.

-No tienes que regresar a casa de tus padres, a partir de ahora vives conmigo. Pero sí les debes una explicación. Bueno, más que eso, decirles que ahora tendrás una nueva vida conmigo viviendo en pareja-, me respondió con toda serenidad.

-Sí, pero hay tantas cosas de ti que no conozco y querrán saber que me aterra-, agregué.

-Sabes que me llamo Javier León, tengo 26 años, vivo aquí en Vallecas, ahora estoy contigo y te quiero Natalia. Sé que es poco tiempo para decirte esto pero es lo que siento. Juré protegerte y eso hago y haré.

-Lo entiendo Javier, pero, ¿a qué te dedicas?, eres algo misterioso. Amo tu estilo tan rebelde y decidido, pero siento que hay algo más en ti. Horacio, mi chofer dijo que tuviera cuidado contigo. No entendí a qué se refirió-, le expliqué.

-No tienes por qué hacerle caso a este tipo que seguramente está enamorado de ti. Todo lo que tienes que saber es que te quiero y yo te acompañaré a hablar con tus padres.

-Está bien-, fue lo único que respondí.

A pesar de que me jurara amor y protección y así lo sentía, había algo que no me dejaba completamente tranquila y era esa rudeza con la que hacía justicia. Algo me decía que se dedicaba a algo que no me gustaría y mucho menos a mis padres, porque obviamente me evadía el tema.

Más tarde volvimos a salir, esta vez iban sus amigos motorizados también. A todas estas le había perdido el miedo a andar en moto hasta que hubo un percance. Justo antes de llegar a la plaza a la que iríamos, otros motorizados bien charlatanes se nos atravesaron, lo que disgustó a mi salvador.

Se bajaron en una esquina y discutieron. No alcancé a escuchar, pero en la distancia vi los manoteos y algún empujón, pero no llegaron a los golpes. Me preocupé y seguí pensando en la extraña conducta de Javier. ¿Será que ando con un pandillero criminal? Me pregunté.

En eso llegó y continuamos hasta nuestro destino. Pasamos un rato ameno en el lugar. Conocí mejor a sus compañeros y me fui relacionando más en su mundo. Estaba fascinada. Nada de personas rígidas fingiendo ser perfectas o juzgando a sus conocidos por la forma en que llevaban sus vidas y fortunas, como las familias que conocía a través de mis padres.

Al día siguiente falté a la universidad, no tenía ropa y sentía la angustia de no haber hablado con mis padres. Le escribí a Laura para ponerla al tanto y quedé en verme con ella en su casa. Luego iría a la mía a resolver el asunto y así fue.

Lau se alegró mucho por la buena nueva, pero me pidió que tuviera cuidado con Javier y que estaba para ayudarme en lo que necesitara. Después, mi chico guapo pasó a buscarme y llegamos a enfrentar el desafío: Mi familia.

Al entrar a casa la primera mirada de decepción fue la de Horacio, quien acababa de llegar con mi madre del hospital por la subida de presión que le había provocado la situación.

-Mamá, venimos a hablar con ustedes-, dije con temor pero al mismo tiempo con determinación.

-Ya tu padre está por llegar. Tienes que aclarar este desastre que has ocasionado y no creas que te irás de nuevo- me dijo alzando la voz.

-Pero mamá, no puedes obligarme-, le dije casi quebrada en llanto.

-No digas nada hasta que llegue tu papá-, sentenció.

Javier me abrazó y dijo que no me preocupara, pues todo saldría bien. Que confiara en mí y en él, así fue como me tranquilicé hasta que llegó mi padre. Bastante afligido y decepcionado. Solo con su semblante me hizo sentir como la peor.

-¿Quién es este delincuente y a dónde te llevó, Natalia? Respóndeme lo más sincera posible-, me preguntó papá mirándolo a él fijamente.

-Soy Javier León, señor. El novio de Natalia-, se me adelantó a responder.

-Primero hablo con ella, luego contigo. ¿Acaso no tienes modales?-, gritó papá y yo muerta de miedo y vergüenza.

-Papá, tranquilo. Él es mi novio, nos conocimos hace poco, pero te prometo que es un buen hombre. Me salvó de un tipo que trató de robarme en la uni y también de Bernardo. El muy insolente se metió en mi alcoba y trató de besarme a la fuerza. Él es bueno y lo quiero papá, lo juro-, le expliqué a mi padre envuelta en llanto.

-No me interesa si lo quieres o no. No sabemos de dónde viene, a qué se dedica y no me aguanto esa pinta de delincuente que tiene. Tu no, Natalia. Tú eres una jovencita de sociedad, de buena familia, a punto de ser doctora. Te mereces un hombre de buena posición que te de todo lo que este patán no te dará-, volvió a arremeter mi padre contra Javier.

-Disculpe, señor. No le permito que le hable así a Natalia. Tampoco que se dirija hacia mi en ese tono. No soy un delincuente y puedo darle a su hija todo lo que se merece. No seré un niño riquillo, pero sí un hombre que le permitirá a Natalia vivir en armonía y ser quien ella quiere ser, sin disfraces de la alta sociedad-, le respondió con tono desafiante.

Mamá no dijo una sola palabra y me dispuse a buscar mis cosas en la habitación. Estaba más decidida a irme que nunca. Las palabras de Javier me hicieron volver a caer que no quería ser quien mis padres quisieran que fuera sino yo, a mi manera. Mientras acomodaba rápidamente mis cosas mamá

entró llorando al cuarto y me preguntó por mis estudios.

Le prometí que nunca los dejaría y que no los defraudaría, solo que ahora me tocaba ser adulta por mí misma. Me abrazó y dijo que me cuidara. Así me fui airosa de casa. Rumbo a formar un nuevo hogar con mi salvador.

CAPÍTULO VI

Pasaron unas semanas y retomé la universidad, me puse a tope con las evaluaciones y todo marchaba bien. Mi león, mi irresistible león me llevaba en su moto todos los días a la facultad y me volvía la envidia de mis amigas por tener un novio tan guapo.

-Es increíble como de un día a otro pasaste de ser una chica gris, sin que nadie se fijara en ti, a una con un novio tan guapo y misterioso. Hasta vives con él-, comentó Laura.

-Tienes que mantenerlo ahí, Natalia. No cualquiera se consigue con un tipo tan decidido en estos tiempos. Fíjate en Carlos, Manuel, Francisco y ese grupito de idiotas que solo andan pensando en follarse a cuanta se le atraviese por un lado y andar de farra. ¡Qué tontos!-, dijo Silvana, una amiga de Laura.

-Tranquilas chicas, Javier es distinto. Es un hombre hecho y derecho y me ha prometido protegerme y quererme-, con eso es suficiente-, dije con toda la ilusión del mundo. Después de todo, era mi primer amor.

En eso llegó la hora de irme y se apareció en su moto con la cabellera de león, su chaqueta de cuero y esa actitud arrolladora que me enloqueció desde el primer día que lo vi. Llegamos a casa y como ya era casi una costumbre nos desnudamos, listos para hacer el amor.

Ya no podía resistir a sus encantos y cada vez era más experta en dar placer. Esta vez el baño fue el escenario para nuestro ritual sexual, así de místico lo sentía. Cada vez hacía mejor las posiciones que él me decía y los orgasmos que alcanzábamos eran más inexplicables. Su miembro era mi platillo favorito y saboreaba a mi antojo, haciéndolo subir al cielo y volver a bajar.

En plano terrenal me volteaba contra el inodoro, dejando mis nalgas hacia él, me daba unas palmadas y me penetraba con rudeza. Su pelvis golpeaba contra mis caderas y los jadeos salvajes que salían de mí quizás los escuchaban los vecinos, pero no me importaba, yo solo me entregaba a la pasión de mi León.

Apretaba mis pezones con ambas manos, yo me encendía y quería que entrara muy profundamente en mí. Él me tomaba por el cuello hacia atrás y me penetraba con más lujuria. El sudor caía sobre el suelo y el camino a la gloria cada vez era más gustoso. Con cada movimiento me hacía pronunciar su nombre, perdía la razón. Cambiábamos de lugar y posición.

Ahora el sentado en el inodoro y su erección a todo dar procedía a entrar en ella suavemente de arriba a abajo mientras le daba la espalda. Él me

tomaba por las caderas para ayudarme a moverme mejor y así nos ahogábamos en gemidos.

Con sus dedos estimulaba mi sexo y me acercaba al orgasmo. En un par de movimientos más estallábamos de placer al mismo tiempo y nos abrazábamos, como un par de cómplices que lograban su cometido.

Luego de hacer el amor, comimos y me quedé estudiando mientras él salió a hacer una de sus vueltas. Yo todavía no sabía a lo que se dedicaba, lo cual me intrigaba demasiado. Al rato me cansé de estudiar y decidí salir un rato del departamento y caminar por el vecindario, que me parecía encantador.

Llegué a la cafetería que frecuentábamos y pedí una malteada. Como estaba sola me senté en la barra. Allí una de las empleadas, muy risueña, además de atenderme, sutilmente me interrogó.

-Ya te he visto varias veces por aquí. ¿Eres nueva en el barrio?- Preguntó.

-Sí, me mudé hace un par de semanas junto a mi novio- Le dije.

-¿Javier León?, ¿Él es tu novio?- Me dijo sorprendida.

-Sí... Sí, él es mi novio-, respondí nerviosa. No me agradó su cara cuando le dije que era mi novio. Me llené de más dudas.

-Él es muy guapo, también bastante arriesgado, supongo que ya te ha dicho cómo es su vida aquí en Vallecas, ¿no?- Exclamó la chica.

-Bueno, sé que él y sus amigos ponen orden donde la ley no tiempo o ganas, me ha dicho. No sé a qué te refieres- Le expliqué.

-¡Ja, ja, ja! Ese León y sus cosas. Bueno sí, eso es lo que ellos dicen, pero puede dedicarse a otras-, expresó inyectándome intriga y se retiró a atender a otras personas.

¿Pero qué me ha querido decir esta tía? Ya no puedo con tanto misterio, primero Horacio, luego él no quiere que le pregunte más cosas, ahora esta me dice cosas que me angustian más y sumando lo agresivo y misterios que es, ya no cabe dudas de que León anda en cosas malas.

¿Será que sí es un criminal como dice papá? Ay no, la cabeza se me llenaba de interrogantes. Era tiempo de enfrentarlo. Esa misma noche tenía que decirme qué sucedía. Y me preparaba para lo peor: Tener que volver a la casa con el rabo entre las piernas, pero no quería por nada del mundo... O pedirle ayuda a Laura.

No lo sé. Lo que quería era que llegara Javier. Al rato se apareció todo cansado, como si lo estuviesen persiguiendo y con un golpe en la boca.

-¿Qué te sucedió, mi amor? ¿Por qué vienes golpeado y todo agitado?- Le

pregunté de inmediato.

-Tranquila, amor. Unos bandidos me atacaron pero logré salir de la situación. Ya les dí su merecido- Respondió.

Me dispuse a curarle la herida con un poco de alcohol y le pedí que se duchara para que se calmara y poder hablar con él al respecto y de una vez por todas salir de las intrigas que me volverían loca.

-Amor, ahora que estás tranquilo, por favor, explícame lo que pasó. Me tiene mal saber que siempre estás peleando en las calles o exponiéndote al peligr... Dije a medias.

-Natalia, ya te dije lo que necesitabas saber de mí, confórmate con lo que te he dicho. Deja de estar buscando lo que no se te ha perdido-, me respondió enfurecido.

-Javier, claro que me importa. Eres mi pareja, te quiero y no me gusta que me ocultes cosas. Varias personas me han hecho comentarios sobre ti y me preocupa. ¿A qué te dedicas, coño?-, exclamé también enfurecida y con ganas de llorar.

-¡Soy un delincuente! ¿Eso es lo que querías saber?-, gritó. Me dedico a hacer justicia por mis propias manos a cambio de dinero- Dijo con soberbia.

Yo estaba atónita. No lo podía creer. Vivía con un posible criminal, lo que más rehusé a pensar y tanto dijeron mis padres. Pero lo quería, no podía juzgarlo tan fácil. Lo que sentía por él era increíble y no me imaginaba estar sola así tan rápido. Así que me tranquilicé para no explotar y le pregunté serenada:

¿Pero has tenido que matar a alguien?

-No, Natalia. Hasta ahora no, pero creo que sería capaz de hacerlo, Tú no te imaginas lo frustrante que es saber que por la ciudad caminan seres despiadados como si nada luego de hacer mucho daño, incluso acabar con la vida de inocentes. Y no quiero seguir hablando del tema. Si te parezco abominable, te puedes ir. Te adoro, pero no necesito a alguien que me juzgue. Sé lo que hago- Me explicó.

Tampoco quise seguir dándole largas al tema. No me gustaba lo que había escuchado pero ese era el verdadero Javier León, mi salvador. La decepción me afloraba y chocaba con el amor que le tenía. Llena de rabia me encerré en el cuarto, pero él me obligo a abrir la puerta para terminar de conocer a la persona con la que compartía mis días en un mismo hogar.

CAPÍTULO VII

Ese hombre me sacó de la cama por el cabello. De un solo jalón me despojó de mi camión y dejó en bragas. Luego me empotró contra la pared, de manera que mi espalda pegaba en sus pectorales y definido abdomen, mientras mis nalgas podían sentir su erección. Era excitante, pero su furia me llenaba de miedo al mismo tiempo. Apreté mis senos durísimo, hasta grité.

Me lamía el cuello, las orejas, mis hombros. Haló mis bragas y en un solo intento metió sus dedos en mi sexo, moviéndolos rápidamente, de manera que la excitación me invadió de inmediato, creía que llegaría al orgasmo así. Cuando lo disfrutaba a plenitud me volteó y comenzó a besar mis senos. Los lamía como un dulce.

Chupaba mi pezón derecho, mientras el izquierdo lo estimulaba con pellizcos. ¡Pero qué rudeza! No dejaba que lo tocara. Se quitó el pantalón, el boxer y su miembro erecto quedó listo para entrar en mí.

El salvajismo con el que me penetraba me hacía debatirme entre el placer y el llanto. No aguanté y lo agarré por el pelo, su hermosa melena rubia y desprolija, mientras el levantaba mis piernas para penetrarme mejor.

Yo jadeaba sin cesar mientras el descargaba su furia en mi cuerpo. Golpeaba mis senos y luego me mordía los pezones. Fue lo más cerca que pude estar alguna vez del sadomasoquismo. Me preguntaba si disfrutaba lo que me hacía y con la voz entrecortada le respondía que sí. Luego me lazó contra la cama, caí boca abajo y volvió a introducir su miembro en mi sexo fuertemente.

Como pude traté de voltear mi torso para decirle que me dolía mucho, pero no me escuchaba. Estaba demasiado concentrado y yo asustada. Comenzaron a salir mis lágrimas, mientras el gemía. Se estaba corriendo dentro de mí y yo no quería.

-¡Ya no puedo más! -, grité y me aparté.

Me tumbé a llorar en una esquina de la cama mientras él se metió al baño. Estaba muy confundida. Definitivamente estaba conociendo al verdadero Javier León. Salvaje e indomable. Esa noche no hablamos más hasta el otro día.

Me dejó en la facultad y luego no sé a dónde se dirigió. Yo pasé el rato entre clases y al salir me fui a casa de Laura. Estudiaríamos para una prueba bastante difícil que tendríamos al siguiente día. Al llegar a su vivienda la puse al día con lo acontecido. No sé si yo seguía siendo muy mojigata o Laura era sadomasoquista, pero a ella le encantó la noche de sexo que tuve.

Es que quedó fascinada y le restó importancia a la confesión del “delincuente”. Me dijo que “esas cosas suceden”, que “ya conseguirá algo mejor por hacer”. Sin embargo, le expliqué que estábamos molestos y no habíamos cruzado media palabra desde anoche, por lo que me aconsejó que esta noche le diera una sorpresa: Sexo de reconciliación y al final me pareció buena idea.

Después de tanto estudio, me invitó un par de copas de vino para “relajarme”, pero la verdad es que creo que me pasé de tragos. Total, no estaba acostumbrada a tomar y así, medio mareada, esta mujer me llevó casa.

Abro la puerta y está todo a oscuras. Javier no había llegado, pensé. Pero enseguida sentí un rico aroma a perfume de hombre. Apenas por los reflejos de las luces del vecindario veía una figura sentada en el sofá. Era él. Momento perfecto para darle una sorpresa.

-Estás aquí, amor- Susurré con voz seductora. Me sentía muy excitada.

Solo escuché un suspiro y me acerqué. Frente a él me arrodillé entre sus piernas y toqué su virilidad. De a poco sentía cómo se iba endureciendo y entonces lo froté hasta que estaba completamente erecta, lista para lamerla delicadamente, masturbarla y meterla en mi boca. Amaba chuparla suavemente hasta llevarlo a la locura. ¡Y vaya qué locura estaba viviendo!

Podía sentir cómo se removía en el sofá de placer. Con una mano sostuvo mi cabeza y llevaba el ritmo, hasta que me haló fuertemente del cabello y me salió de entre sus piernas. Fue rudo, pero más excitante. Me desnudó bruscamente y allí sentado se acercó a mi sexo, lo frotó un poco hasta sentir mi humedad y comenzó a lamerlo con todo su gusto. La sensación era inexplicable.

Me provocaba tocarme yo misma, así que froté la punta de mis pezones. Estaba demasiado excitada y su olor me volvía loca como nunca antes. Luego de hacerme sexo oral y dejarme a punta del orgasmo se levantó con su miembro fuera del pantalón y con él frotaba mi sexo. De repente me propinó una fuerte cachetada y me asusté. Nunca se había atrevido a golpearme así.

Mis revoluciones bajaron. Sin embargo, me empujó contra el sofá de manera que caí boca abajo. Me tomó por las caderas, empujó mi espalda hacia abajo y comenzó a penetrarme con mucha fuerza. Un poco descomunal, como si me tenía unas ganas imperiosas. Yo dejaba de disfrutarlo y me preocupé.

Él actuaba algo extraño, ni siquiera me besó apasionadamente como siempre lo hacía. Pensé que seguía molesto. Enseguida salió de mi, se sentó

nuevamente y me sentó sobre su sexo. Otra vez me agarró por las caderas y me penetró con rudeza. No pude evitar gritar. Me dolía y estaba a punto de correrme, pero de lo contrario él comenzó a gemir fuerte y se estaba corriendo.

Intenté tomarlo por el rostro cuando de pronto abren la puerta y prenden la luz. Me llevé un susto enorme. Ni tiempo tuve de salirme suyo. Pensé lo peor. Un intruso entró a robar, pero al voltear a hacia donde venía el ruido me di cuenta de que estaba totalmente equivocada. ¡Era Javier, mi León! Mi asombro fue peor. Entonces miro a quien me tenía dominada entre sus brazos y era Bernardo.

Por unos segundos pensé que estaba alucinando por la borrachera, pero no. Increíblemente estuve teniendo sexo con Bernardo. Mi novio se retiró del lugar totalmente decepcionado por lo que acababa de ver: Yo desnuda dentro de otro tipo. El que hacía unas semanas había intentado tomarme a la fuerza, de quien él me salvó.

En seguida me quebré a llorar, no entendía lo que pasaba. Me quité de encima del patán de Bernardo, tomé un tapete para cubrirme y le propiné una cachetada. Él se reía a carcajadas y como pude lo saqué de la casa. Se fue burlando por toda la vereda y gritó: ¡Me encantó correrme dentro de ti! Se me acabó el mundo en ese momento.

Mil interrogantes pasaron por mi mente. ¿Cómo explico esto?, ¿A dónde se fue Javier?, ¿Qué pensará de mí?, ¿Cómo llegó Bernardo hasta? Y ¿Cómo pude ser tan estúpida de no darme cuenta que no era mi León?

Es que no lo podía creer. Todo era absurdo y la cabeza me daba vueltas. Me fui a duchar para terminar de pasar el rato amargo y la borrachera. No pude dormir en toda la noche pensando en lo sucedido.

A las 7:00 de la mañana Laura me llama.

-¡Buenos días, dormilona! ¿Paso por ti?-, pregunta

-No lo sé-, respondo y rompo a llorar.

-¿Qué pasa, Nati?-, vuelve a preguntar, pero preocupada.

-Es que no lo puedo explicar-, digo con la voz quebrada.

-Alístate que ya mismo voy por ti- Y cuelga el teléfono.

En apenas 10 minutos Laura llegó a recogerme. Mi semblante era deprimente y no estaba dispuesta a ir a la universidad. Solo quería irme lejos, muy lejos y olvidarme de todo.

-Pero, ¿qué pasa, Nati? Estás por los suelos,- exclama Laura.

-Me ha pasado lo peor, lo más inexplicable de este mundo-, le dije.

-¿Hablamos al salir de clases?- Pregunta.

-No, no quiero ir a clases. No quiero nada- respondí y volví a romper a llorar.

-No amiga, no estás nada bien. Al demonio la evaluación. Vamos a un lugar tranquilo- dijo mi amiga.

Llegamos a un parque retirado de la ciudad, poco concurrido a esas horas de la mañana. Le conté lo sucedido y me abrazó. Quedó más confundida que yo y me aconsejó que hablara con Javier y le contará todo.

Seguramente lo entendería, después de todo, mi única culpa fue no haberme percatado de que era el imbécil de Bernardo con una de sus patrañas. Lo preocupante es que de igual forma tuve relaciones con él, algo difícil de asimilar y más para alguien tan jodidamente orgulloso.

Esa mañana la pasamos entre centros comerciales y restaurantes lujosos. Laura se encargó de hacerme pasar un buen rato, pero el cansancio se hacía presente. Así que le pedí que me llevara a casa. Necesitaba hablar de urgencia con Javier y saber a dónde había ido.

Llegué y todavía él no estaba y todo parecía indicar que nunca había llegado desde anoche, lo cual me angustió muchísimo. No sabía de lo que era capaz de hacer en medio de la rabia que debió sentir. Así que no me aguanté y lo llamé, pero no respondía.

Le dejé varios mensajes de voz explicándole que debía volver para que habláramos, pues nada fue lo que pareció, pero no obtenía respuesta alguna. Caminaba de un lado a otro esperando una señal y nada. Comenzaba a desesperarme. Ya eran las 3:00 de la tarde y cuando decidí recostarme un rato, llegó.

-No quiero que me cruces una sola palabra- Me dijo lleno de furia y con mirada de odio, mientras yo quedé estupefacta.

Las lágrimas salían de mis ojos sin yo hacer un solo gesto. Su frialdad me indicaba que no le interesaba saber nada y obviamente pensaba lo peor de mí. Todo se estaba yendo al diablo casi que de la nada. Él se fue al cuarto y comenzó a sacar su ropa.

-¡No por favor, no te vayas! Necesito explicarte lo que pasó-, grité desesperada entre el llanto.

-Te dije que no, no quiero saber nada de ti. ¡Suéltame!-, dijo.

Lo solté y me tiré al suelo a llorar desgarradoramente. Era injusto lo que sucedía, así que comencé a gritarle lo sucedido, aunque no parara de empacar. Sin embargo, en vista de que nada lo hacía cambiar de actitud le

dije que lo amaba por sobre todas las cosas, que jamás sería capaz de hacerle daño, pero que si no tendría una sola disposición a escucharme, sería yo la que me marcharía.

De vuelta a casa de mis padres, a la vida gris que llevaba, de donde nunca debí salir, pensé en ese momento, pero en realidad era lo que deseaba. No tener que pasar por toda esta montaña rusa que complicaban mi existencia. No estaba acostumbrada a tanto dolor y menos en tan poco tiempo.

Salí de la habitación y fui hasta la cocina a tomar un poco de agua y dejar que terminara de acomodar su ropa o desacomodar de nuevo.

La verdad es que igualmente no me quedaría allí, pero se acercó a donde estaba y me dijo que le diera unas semanas para asimilar la situación, porque además debía ausentarse de la ciudad por “cuestiones de trabajo”.

Le recordé que de todas formas me iría y entonces me pidió que me quedara porque no podía retroceder en mi vida. Así que se marchó, pero antes también me pidió que no lo llamara, que esperara a que él se comunicara conmigo.

CAPÍTULO VIII

Enseguida me calmé un poco más. Estaba segura de que mi chico pensaría mejor las cosas y entendería que todo fue una trampa de Bernardo. Sin embargo, la vergüenza me embargaba. A pesar de que no sabía que era ese imbécil, me sentía mal por haber tenido relaciones con él. Me sentía asqueada.

En tanto pensamiento me dio sueño y caí rendida en la cama hasta que mi móvil sonó y de un brinco me puse de pie y casi sin equilibrio lo tomé de la mesita de noche. Era Laura, quería saber cómo me sentía. Le conté lo que sucedió al mediodía y me dio ánimos para mejorar después del terrible episodio.

También me informó que tendría prórroga para presentar la evaluación a la que no asistimos y que en dos semanas tendríamos vacaciones, perfecto para relajarme un poco más mientras esperaba por Javier. Luego de 20 minutos de charla colgamos, pues, ella saldría por allí a divertirse con un amigo, mientras yo pensaba en qué hacer. Entonces decidí salir a caminar un rato.

Cuando iba por una de las veredas logré ver a sus amigos parados en una esquina conversando. Miré de reojo pensando que podría ver a Javier, pero no estaba. Sin embargo, me causó curiosidad que solo él faltara, pero no quise ser imprudente y preguntarles. Después de todo, no quería aumentar los problemas entre nosotros, por lo que preferí pasar de largo hasta llegar a la cafetería de siempre.

Al entrar me senté en las mesas del balcón, quería evitar a la mesera soplona de la última vez. Me quedó el presentimiento de que cada vez que pudiera me llenaría de intrigas. No me caía muy bien, además, era demasiado coqueta con Javier.

En fin, la detestaba. Pero la muy intrépida llegó hasta donde yo estaba para atenderme. Me sonrió y dijo – Ya sé que vienes por un té verde-. Le afirmé con la cabeza y volteé la mirada para que no me entablara conversación.

No tardó mucho cuando me trajo la bebida e hice el mismo gesto, pero fue inútil.

-¿Se sinceró Javier contigo?-, preguntó sin vergüenza alguna.

– Ajá-, respondí con desgano.

-Me alegra que ya lo sepas. Espero puedan resolver el último altercado. Se te pasó la mano, pero siento que lo quieres-, exclamó y se marchó

enseguida sin permitirme responder nada.

¡Pero qué mujer tan insolente! Cómo se atreve a decirme eso. Y pero aún, ¡lo sabe! Algo no me agrada de esta relación tan evidentemente estrecha que tiene con mi novio. Y comienzan más intrigas a perturbarme. Saco conclusiones desesperadas y pienso que puede ser alguna exnovia o incluso una amante. ¿Y si se quedó a dormir con ella anoche? –, me pregunto.

Enseguida todo el teléfono y escribo un mensaje para Javier exigiendo una respuesta a lo que me acababa de decir su amiguita, pero me debatía entre la rabia y ansiedad, pues, bien claro me dijo que no lo contactara a menos que él lo hiciera. ¡Qué frustración sentía! Pero me calmé y decidí esperar a que llegara... En no sé cuántas semanas. Demasiado misterioso mi amado León.

Al rato volví a casa y al revisar el teléfono tenía varios mensajes de Bernardo.

Bernardo: ¡Hola, guapa! Disculpa por la sorpresita de anoche, a tu novio criminal pareció no gustarle mucho. Pero créeme que dudaría mucho en enojarse contigo. Con esa lujuria que desbordas en el sexo, ningún hombre te dejaría ir.

Yo: ¡Me das asco! No quiero saber nada de ti más nunca. No molestes.

Bernardo: Cálmate, princesita de barrio. Solo quería comprobar que el comienzo de mi venganza tuviera resultados, ya que, sorprendentemente comenzó muy bien. No te resististe ante mí. ¡Hasta el próximo episodio!

Era claro que todo fue planeado. Bernardo quería hacernos la vida imposible, a causa de mi rechazo y los golpes que Javier le dio. Me angustiaba solo con pensar lo que sería capaz de hacer.

Siempre ha hecho lo que le da la gana sin medir las consecuencias. Sin embargo, había algo que me preocupaba más y era el hecho de que Javier no me dijera dónde estaría todo este tiempo, entonces no soltaba el móvil esperando una llamada, un mensaje, alguna señal de su parte.

Al cabo de dos semanas ya estaba libre de clases, así que acepté irme de vacaciones con Laura a la casa de campo de sus padres. Era un sitio alejado de la ciudad, con un inmenso espacio para la vegetación y una cabaña pequeña, pero muy cómoda.

Sin ruidos ni perturbaciones, lo que necesitaba para conseguir la paz y tranquilidad que me quitaba no saber nada de Javier, lo que pretendiera hacernos Bernardo y todavía con algunas pesadillas por culpa de su venganza.

Laura me consolaba y trataba de mantenerme distraída con alguna actividad o conversaciones sobre medicina, moda, viajes y todo lo que a ella le gustaba. La verdad es que a pesar de entretenerme, mi cabeza siempre estaba pensando en el León, mi salvador. En medio de tanto pensar, suena el teléfono.

Era un mensaje de Javier.

–Estoy bien, regreso en dos o tres semanas más. No respondas, por favor.-, era todo lo que decía. No supe si alegrarme por saber que estaba bien o seguir triste por la larga espera y otro de sus malditos misterios.

La noche se hacía larga, así como las conversaciones con Laura, hasta que llegamos al tema de Bernardo. Tuve que confesarle lo ocurrido, aunque me trajera malos recuerdos y ahora, más dudas.

-Amiga, ¿ese cretino se protegió?-, preguntó Laura, lo que bastó para que mi mente se nublara y cayera en un lapsus. Entre tantos sentimientos encontrados, no me había percatado de ese detalle, no recordaba. Además, estaba pasada de tragos.

Ambas vivimos uno de los silencios más incómodos de la historia. Pensábamos lo mismo y al mismo tiempo no queríamos decirlo. Fue aterrador. Entonces, Laura, un tanto nerviosa, trató de cambiar el tema rápidamente, pero mi llanto fue más fuerte. No le quedó más que abrazarme. Parecía que cada minuto se convertía en mi tragedia. Las revoluciones por minuto que al principio de esta historia sentía, ahora eran malas. Mi mundo se derrumbaba.

Pasaron tres semanas más. Era sábado al amanecer y con el sonido de los pájaros desperté. Era una mañana muy fresca y radiante. Me sentía descansada y tranquila. Ansiosa por recibir información de Javier o verlo de nuevo, ¡qué emoción!. Laura tocó la puerta y me recordó que debía estar lista en una hora para regresar a la ciudad, así que salí de la cama y me fui desvistiendo poco a poco.

Mientras lo hacía, recordaba a Javier. Me iba excitando de solo recordar sus besos, sus caricias, su forma de hacerme el amor. Comencé a tocar mis pezones endurecidos, luego a apretar mis abultados pechos y sentir cómo me iba humedeciendo, pero el éxtasis fue bajando a medida que subía un malestar desde mi estómago.

Una terrible fatiga que me tiró al inodoro a vomitar. Qué mal me sentía. Como pude me levanté a enjuagarme la boca y toda mareada me duché, alisté y bajé rápido a desayunar. Estaba deshidratada.

Ya en la tarde estaba en casa y recibí buenas noticias: ¡Mi amor volvía por la noche! Con el entusiasmo por el cielo me dispuse a preparar una cena romántica para recibirlo, así que cogí una revista que estaba apilada en la sala y busqué una buena receta. Fui hasta un supermercado que estaba en la vuelta de la esquina a comprar los ingredientes.

A pesar de ser una chica que siempre tuvo servicio, me gustaba la cocina, por lo que apliqué mis mejores dotes para preparar una delicia y ambientar el hogar. Por supuesto, tampoco podía faltar un toque sensual y ya sin pudores, escogí un atuendo muy sexy para impresionar a Javier.

De repente sonó el cerrojo de la puerta. Mi León salvador estaba llegando. Al volver a ver su impactante cuerpo y estilo rebelde me sentí de nuevo como la Natalia ingenua y mojigata que lo vio por primera vez en el estacionamiento de la Facultad de Medicina. Lo extrañaba demasiado, se me hicieron años estas cinco semanas de ausencia.

-¡Hola, amor! Soy la más feliz ahora que puedo volver a verte-, le dije con la alegría que se me desbordaba por los poros.

- ¡Hola, Natalia! También estoy feliz de volver a verte-, exclamó Javier, pero sin mucho entusiasmo.

-Debes estar muy cansado, amor. Ve a ducharte y te espero en el comedor para que pruebes la rica cena que te preparé- Dije.

-Está bien Natalia-, respondió.

A pesar de su actitud fría no quise ser pesimista y pensar que seguía molesto. Sin perder tiempo preparé la mesa y el comedor como el lugar más acogedor. Al regresar quedó maravillado con lo que vio y fascinado con la comida. Todo marchaba perfecto. Al fin alegrías y lo mejor de todo: Nos esperaba una larga noche de pasión.

Apenas terminamos de cenar, Javier se levantó de la mesa, se acercó hasta mi, me tomó delicadamente por la barbilla y comenzó a besarme apasionadamente. Poco a poco me fui levantando, también quería devorarlo a besos. Entre caricias, caminamos hasta el cuarto y fue cuando me quitó la blusa, desabrochó mi sujetador y lamió mis pezones.

Me sentó al borde de la, tomó mis piernas y las puso sobre sus hombros. No dudó en acercarse a mi sexo muy humedecido para lamerlo. Los movimientos que hacía con su lengua ponían a hervir mi sangre y mi cuerpo a temblar. La introducía dentro de mi y yo respondía con jadeos y halando su cabellera.

¡Qué placer! Llena de lujuria le pedía que me penetrara con su miembro.

Lo necesitaba dentro mi ser cuanto antes, pero entonces me hacía rogar. No aguanté y lo llevé hasta tenerlo de pie.

Le quité la camiseta negra que llevaba puesta y fui pasando mi lengua desde su cuello, por el medio de sus pectorales, justo en una hendidura pronunciada que me llevaba hasta su paraíso. Bajé hasta su pelvis, desabroché el pantalón y saqué su erección. Quería devorarla. Así que la acaricie con mis manos suavemente, de arriba abajo.

La llevé a mi boca y entonces acaricié la punta con mi lengua mientras desde abajo lo miraba y él me miraba a mi desde arriba. Su cara de placer me incitaba a introducir su miembro por completo a mi boca, de manera que ahora él me haló del cabello e indicaba la rapidez con la que le haría sexo oral.

Llevábamos el mismo ritmo. Sudábamos y los jadeos aumentaban, entonces fue el momento cuando subió a la cama, se sentó y yo hice lo mismo, quedando frente a frente, mientras subía y bajaba por su miembro. Me tomó por las caderas, como le encantaba, y mis movimientos cada vez eran más rápidos.

De pronto me sacó, me acostó boca abajo, volvió a tomarme por las caderas y a penetrarme salvajemente. Yo jadeaba más fuerte y volteaba a mirarlo cómo me dominaba. Esa noche lo hicimos como nunca antes, en todos los espacios de la habitación, en distintas posiciones y terminamos en el baño agotados.

Pasamos una noche sumamente feliz y así despertamos al otro día. Como yo seguía de vacaciones y por lo pronto, él también. Nos tomamos el día para volver a ese romance que apenas tuvimos cuando comenzó esta historia de amor.

Salimos de compras, luego a comer en un lindo restaurante, paseamos por la ciudad en su moto, llegamos a un parque donde apreciamos el atardecer abrazados y tomados de la mano, hasta que en la noche volvimos a nuestro nidito de amor.

Justo antes de acostarnos a dormir una interrogante volvió a dispararse en mi mente y tuve que sacarla a relucir.

-¿Qué hiciste todo este tiempo?-, pregunté-

-Estuve trabajando, ya sabes en qué-, respondió. Y no le des más vueltas al asunto. Fue un trabajo especial y no creo que tenga que volver a salir de la ciudad en un buen tiempo, o eso espero-, agregó.

-Dices que debería quedarme tranquila, pero exactamente no sé lo que

haces y me da miedo-, le expliqué con la esperanza de que me detallara lo que hacía.

-Le doy una lección a los malnacidos que dañan a otras y la justicia simplemente se lava las manos-, reiteró, pero sin satisfacer mis dudas.

Hubo un silencio incómodo. Me miró, suspiró profundo y comenzó a relatar una historia que me dejó perpleja. Mi salvador definitivamente no era tan peligroso como temía. Confesó que hace un par de años atrás era un chico mucho más alegre, divertido y preocupado por el prójimo, pero una terrible experiencia cambió su vida para siempre.

Aún vivía con sus padres cuando su hermana menor, Julieta, tenía 19 años cuando se escapó de la casa con un novio al que nadie conocía. La familia no lo entendía, pues, siempre le dieron libertad y confianza para que hiciera su vida.

Ese día que se fue de casa sin avisar, sería el último que la vería con vida. Un mes después, tanto él como sus papás, volvieron a ver su rostro, pero en la morgue y con severos signos de tortura.

A Julieta la violaron, golpearon salvajemente y luego asesinaron sin piedad, luego de hacerla sufrir. El principal sospechoso era ese novio misterioso, a quien después pudieron conocer en los tribunales. Un sujeto casi esquelético, caucásico, barbudo, manipulador y agresivo al mismo tiempo. Se burlaba del dolor de la familia a espaldas de la justicia.

- Julieta era una puta y por eso debió morir-, les susurraba a los tres cuando les pasaba por el lado, en un par de juicios que acaban por dejarlo libre a falta de pruebas.

Era un delincuente que tenía sus cartas bajo la manga para zafarse de los problemas en los que se metía. Después de ese día, Javier prometió que vengaría la injusta muerte de su hermana y se dedicó a buscar al asesino hasta hacerlo con sus propias manos.

Sin embargo, dice que no lo ha logrado y por el contrario, lo ha hecho con otros delincuentes que han cometido delitos parecidos, solo que por encargo.

Explicó que en ese barrio donde vivían, además, muchos tipos se dedicaban a robar y no habían pisado la cárcel una sola vez, lo cual no toleraba y aunque no creía que fuera suficiente pago, en sus caras llevaban las cicatrices que dejaban su puño americano. Por eso era tan temido, pero que tampoco llenaba su sed de venganza.

Me asusté nuevamente. El amor de mi vida llevaba un dolor muy grande dentro de sí que lo haría capaz de matar a alguien. Definitivamente quería

ayudarlo a salir de ese rencor que guardaba.

-Amor, entiendo tu posición, pero no puedes arriesgar tu vida por un sujeto que no vale la pena. No sería justo que te enredaras con la justicia y dejar aún más solos a tus padres... Y a mí-, le dije.

-La justicia nunca hará nada, ni meterme a la cárcel por matar a un bastardo como ese. Quizás su gente trataría de desaparecerme, pero para ello estoy preparado-, explicó.

-¡Ay no me angusties más! Por favor, prométeme que dejarás de buscar a ese tipo y mejor te dedicarás a buscar a los mejores abogados para que lo hagan pagar-, exclamé.

-Yo sé lo que hago, Natalia. Quédate tranquila y durmamos. Lamentablemente tienes que prepararte para los golpes que te puede dar la vida, pero por ahora, descansemos-, respondió muy relajado, mientras yo me comía las uñas de los nervios.

Solo de pensar que hasta yo podía sufrir consecuencias por ese terrible asesinato no podía conciliar el sueño. Además, el estúpido de Bernardo, no sé por cuál motivo, también era una amenaza para mi tranquilidad. Sentía que mi vida era un caos.

Entre tanto mal pensamiento apenas pude pegar un ojo. De repente desperté y el reloj marcaba las 5:30 a.m. La fatiga me hizo correr hasta el baño para vomitar. Seguramente alguna comida o el cansancio me hicieron daño, pensé. Pero como seguía paranoica por lo que me había confesado Javier, sumé una angustia más: La posibilidad de estar embarazada.

Volví a la cama y me acurruqué con Javier. Ya necesitaba tranquilizarme y descansar, así que nos quedamos enrollados en las sábanas hasta el mediodía. Era fin de semana y habíamos quedado en visitar a Laura por la tarde.

CAPÍTULO IX

Disfrutábamos la noche con mi querida amiga. Tuvimos una deliciosa cena y tomábamos unos tintos de verano. De pronto comencé a sentirme un poco mareada y con fatiga. Los tragos me estaban afectando, pensé.

Fui hasta el tocador y no pude aguantar el vómito. Seguía mareada y decidí recostarme un rato en el cuarto de Laura hasta que se me pasara el malestar y les avisé a los chicos, quienes se quedaron charlando en la terraza.

Mientras descansaba, recibí una llamada desde un móvil desconocido. Contesto y era Bernardo.

-Acabo de pasar por casa de Laura y sé que estás ahí con el delincuente. Quiero que te escapes conmigo-, dijo, por lo que ni dudé en colgar la llamada. Este cretino ya no me intimida, pero insistió.

En vista de que no respondía, envié un mensaje en el que me amenazó con buscarme a la fuerza. Me preocupé y ya no supe qué hacer. No quería más problemas con Javier, entonces le escribí a Laura para que lo entretuviera mientras yo hablaba con el cretino. No pretendía moverme del sitio.

Bernardo llegó en su lujoso Audi A4 gris, se estacionó en la acera y bajó el vidrio.

-Vente, preciosa-, exclamó. - Dime lo que me tengas que decir y ya, no me iré contigo. - Quiero que mañana te vengas conmigo a una fiesta que daré en mi casa. Será en la piscina, con DJ y mucha diversión. Si no lo haces, habrá graves consecuencias-, me advirtió.

- Ni creas que te haré caso-, le respondí.

- Entonces prepárate para que tu noviecito te deje por puta. Recuerda que me corrí dentro de ti y si mis cálculos no fallan ya debes estar embarazada. Piénsalo y me escribes un WhatsApp-, y arrancó a toda velocidad. Eso fue lo último que escuché antes de desplomarme.

No sé cuánto tiempo estuve tendida en la acera, pero al abrir los ojos estaban Laura y Javier tratando de despertarme y luego me llevaron nuevamente a la alcoba.

- Se te bajó la presión. Seguramente fue el alcohol, sé que no estás acostumbrada-, dijo Laura mientras mi novio, preocupado, me acariciaba el cabello.

Por dentro quería creer el diagnóstico de Laura, pero pensaba en lo que me dijo Bernardo y mis sospechas sobre aquella maldita noche, por lo que me auto diagnosticaba un embarazo.

Luego de un rato comencé a sentirme mejor y nos fuimos a casa. Tenía dos retos para el siguiente día: Una fiesta en casa de Bernardo y hacerme una prueba de embarazo. Dos dilemas que amenazaban mi relación con Javier. ¡¿Por qué a mí?! Me gritaba por dentro una y otra vez.

Amaneció y Javier salió, me dijo que regresaba al mediodía, así que aproveché para hablar con Laura y explicarle mi situación. Ella, como siempre, no dudó en ayudarme, así que me buscó y fuimos a un laboratorio para salir de dudas, pero se tardarían unas horas en darme los resultados. En medio de la espera, recibí una llamada de Javier, quien llegó antes a casa y se preocupó al no verme, ¡rayos!.

– Acompañé a Laura a hacer unas compras, amor, en un momento llego-
Le dije nerviosa.

– Está bien. Necesito hablar contigo. Te espero-, respondió.

Por mi mente pasaron mil malos pensamientos. Mi paranoia me hizo pensar que estaba descubierta o que Bernardo me volvió a jugar sucio, entonces Laura me aconsejó irnos y luego ella pasaría por la prueba.

Justo antes de llegar, recibí un mensaje de Bernardo. - A las 7:00 p.m. paso por ti-, decía. – No, Laura me llevará, respondí. –Si no llegas, rompo tu relación-, decía en un segundo mensaje, el cual, no devolví, pero ya estaba todo arreglado.

Al entrar a casa, Javier estaba en la sala esperándome y yo con el nudo en la garganta y los nervios a todo dar.

- Necesito hacerte una propuesta muy importante, Natalia-, dijo Javier.

- ¿De qué trata amor?, pregunté.

- Siéntate y te explico. Sé que llevamos poco tiempo de relación y hemos tenido buenos y malos episodios. Quizás no hemos disfrutado lo suficiente de nuestro amor, pero cuando estoy seguro de algo no me gusta perder tiempo-, sentenció.

- A ver, no te estoy entendiendo, amor. Sé más específico-, le dije con una sonrisa para tratar de tapar mi nerviosismo.

- Quiero casarme contigo-, dijo mirándome a los ojos.

Cómo me podía resistir a decirle que no a esa escultura de hombre que tenía a mi lado. El que me había hecho sentir amor por primera vez. Viva, con ganas de desafiar los patrones impuestos por mi familia, quien me estaba ayudando a ser yo. Era imposible rechazar a quien quería como compañero toda la vida.

En ese instante olvidé todos los problemas que me agobiaban y no dudé

en responderle que yo también quería casarme con él. Me explicó que quería que fuera pronto y sin muchos lujos, pues, no teníamos el dinero para hacer una boda por todo lo alto, como habrían querido mis padres y como alguna vez llegué a soñar.

Pero no me preocupaba, lo más importante era estar a su lado y le pedí que no era una razón para preocuparse. Nos abrazamos, disfrutábamos otro momento feliz.

A cabo de un largo rato recordé que tenía un peligroso asunto que resolver, así que le escribí a Laura para que me ayudara y también saber el bendito resultado. Aunque juraba que era otra mala jugada de Bernardo, de eso dependía mi futuro con Javier y ahora, mi matrimonio.

Laura estaba dispuesta a ayudarme esa noche con el capricho de Bernardo, a quien ya no pensaba hacerle más caso, hiciera lo que hiciera, pero entonces me dio una mala noticia: No había podido pasar por el examen, así que tendría que esperar más. Quizás un par de días, lo que me complicaba la situación. Sí, cada vez era más complicado todo. ¡Qué injusto!

Le expliqué a Javier mi coartada. Me quedaría en casa de Laura a acompañarla, ya que, su familia estaba de viaje y quería noche de chicas. Sin mucho detalle, me arreglé – Lo más gris que pude – y enseguida Laura pasó por mí. En el camino me advirtió tener mucho cuidado y que no perdiera el contacto con ella. Sabía la clase de tipo que era Bernardo.

Llegué a su casa. El área de la piscina era todo un escenario de fiesta. Luces, DJ, gente semidesnuda bailando, tomando y divirtiéndose a todo dar. Era como un episodio de Súper Shore. Me sentía demasiado incómoda y ni hablar cuando se me acercó Bernardo con su pedantería.

-¡Qué horrible te ves! – Me dijo el imbécil.

-No vine a disfrutar de tu fiesta. Solo quiero que me expliques, qué demonios quieres de mi-, refuté.

- Sabes muy bien que quiero que estés conmigo, que dejes al delincuente con el que vives y seas mi mujer – gritó en medio del escándalo musical, al mismo tiempo de que se tomaba un shot de alcohol en medio de un círculo de hombres y mujeres mostrando sus cuerpos bien elaborados en gimnasios y estéticas.

Bernardo aparecía y desaparecía, sí que se disfrutaba el momento, mientras yo solo quería largarme. Pero en un espacio tan grande y con tanta gente no lograba conseguirle. Como pude entré a la casa, donde por fortuna, solo había servidumbre. Los Alarcón no estaban y tampoco quería que me

vieran, entonces aproveché para sentarme en un sofá y enviarle un mensaje al cretino para que llegara hasta donde estaba.

En 10 minutos apareció hecho un desastre. Lleno de papelillos, aceite y alcohol. Sin embargo, estaba consciente todavía.

– Ya te lo advertí, princesita. O te quedas conmigo, o tu delincuente sabrá que estás embarazada de mí – repitió.

–Bernardo, no estoy embarazada de ti y no me importan tus amenazas. Haz lo que quieras, pero ya me voy de aquí y te anuncio que pronto me casaré... Con Javier- Le dije y me paré del sofá.

– Cuando te digo que estás embarazada es para que lo vayas asumiendo, porque eso es lo que le dirás a ese imbécil. ¿O es que quieres que lo desaparezca del mapa?, ¿crees que no sé su procedencia y lo que hace? ¡Ja, ja, ja!, sigues siendo una ingenua – refutó.

-¡No me importa nada de lo que hagas!- le grité y salí nuevamente a la piscina. Inmediatamente llamé a Laura para que me sacara de ese lugar. Sin embargo, Bernardo salió tras de mí y me haló del cabello.

– Ya verás lo que pasará, estúpida -, me amenazó, al mismo tiempo que me besó a la fuerza. Ya no le temía y le conté a Laura lo sucedido durante la vuelta a su casa.

Antes de dormirnos, le comenté que definitivamente no tendría un hijo de Bernardo, pues, me sacó de dudas con lo que dijo en la fiesta, pero Laura insistió en de todas formas habría que buscar la prueba de embarazo, lo cual hicimos en la siguiente semana.

La verdad es que no estaba nerviosa al momento de abrir el sobre, pues, sabía que todo había sido una trampa y pues sí, los resultados fueron negativos. Ahora no solo me había quitado ese peso de encima, sino que también me daba cuenta que Bernardo no cumplía con sus amenazas ni con la supuesta venganza.

CAPÍTULO X

Ese día iría con Javier a conocer a sus padres. Estaba muy emocionada y un poco nerviosa. Nunca había estado en esa situación, pero me parecía maravillosa. Se acercaba la hora de irnos, pero él no aparecía.

Lo llamé y no respondía, ni hablar de los mensajes. No tenía respuesta alguna y se hacía tarde. Sin embargo, no quise preocuparme demasiado, sabía que a veces se le complicaba la puntualidad por “su trabajo”, así que me senté a esperarlo.

Pasó una hora y volví a marcarle. Esta vez me pasaba directo al buzón de mensajes y le dejé uno en el que le pedía que se comunicara de inmediato. Ahora sí estaba asustada. Pasaron dos horas y hasta tres. Ya era tardísimo y seguramente mis suegros también estarían preocupados.

Entre tanta incertidumbre tocaron la puerta. Era uno de sus amigos. Traía cara de malas noticias y efectivamente era una. A Javier lo habían golpeado brutalmente y se lo llevaron sujetos desconocidos. El mundo se me nubló en ese momento y pensé lo peor: ¡Bernardo cumplió con sus amenazas!

- Por favor, necesito saber dónde está –, le dije llorando a su amigo.

– Ya estamos trabajando en ello. En cuanto tengamos información serás la primera en saberlo. Pero por los momentos debes permanecer aquí. Otro de nuestros muchachos estará aquí protegiéndote. Ten calma –, me explicó y se fue.

Otra vez un mal momento. Me sentía terrible y frustrada. Cada vez que estábamos felices sucedía algo malo. Como si una maldición nos persiguiera. No aguanté y llamé a Bernardo para exigirle que nos dejara en paz.

-No me digas que alguien se me adelantó y le dio su merecido al delincuente ¡Ja,ja,ja! – Fue su respuesta.

-¡Basta de jugar conmigo! ¿Qué le hiciste a Javier?-, le grité.

-Nada, solo un susto para que se vaya enterando de lo que le puede pasar si tú no te vienes conmigo. Ya lo sabes –, me advirtió y colgó.

Enseguida le conté al amigo de Javier que me estaba protegiendo y me mandó a descansar, pues, según él, no sabía lo que decía. Quedé confundida, pues, tampoco me quiso dar más explicaciones, pero por supuesto que no fui a descansar nada, me mantuve despierta cuatro horas hasta que finalmente llegaron noticias de lo sucedido.

El asesino de su hermana estaba de vuelta y ahora quería ir a por Javier. Yo casi muero del miedo. Sabía que era un loco capaz de cometer el más sangriento de los actos y salirse con la suya. Le supliqué a su amigo que lo

ayudaran y prometió que harían hasta lo imposible por conseguirlo vivo.

Ya no podía llorar y sufrir más. Pero volví a pensar en lo que dijo Bernardo. Algo me decía que esta vez sí había ordenado a que le hicieran daño, así que le insistí al guardaespaldas que averiguara si el imbécil estaba implicado.

Pasó una hora más hasta que le confirmaron la información. Eran ciertas mis suposiciones, ese bastardo se había unido con el asesino de Julieta y seguramente no descansarían hasta acabar con Javier.

En medio de la angustia surgió una sorpresa. Casi a las 10 de la mañana del siguiente día, cuando casi me desmayaba del cansancio, tocaron fuertemente la puerta de la casa. El amigo de Javier de inmediato sacó su arma, se acomodó detrás de la puerta y me pidió que respondiera.

-¿Quién es? -, pregunté.

-¡Ábreme rápido, Natalia! Soy Javier -, respondieron. Por supuesto que era él, era su voz y se escuchaba cansada. Inmediatamente la abrí y entró cojeando y con la mano en el abdomen, y entre ambos le ayudamos a sentarse en el sofá.

- Venían por Natalia y me les escapé cinco cuadras atrás. Los engañé, pero no deben tardar en aparecerse. Necesitamos salir de aquí ya mismo. Llama al resto para que vengan a buscarnos. ¡Rápido! – Le dijo Javier a su amigo, mientras yo lo revisaba. Estaba muy golpeado.

- Amor, estás muy lastimado. ¡Dios mío! – Le dije en llanto puro.

- No pierdas tiempo y empaca lo más importante. Te tocará regresar a tu casa. -, me dijo con una mirada tan triste que me provocó mucho más llanto. ¡No quería volver a mi casa y mucho menos separarme de mi león.

En un abrir y cerrar de ojos llegaron a buscarnos en tres camionetas negras blindadas, como de película. No pude tomar nada y no me importaba. Solo quería que nos mantuvieran a salvo. Hasta el teléfono olvidé y no me importó. No quería amenazas de Bernardo.

Le supliqué a Javier y los suyos que no me dejaran en casa de mis padres, que prefería la de Laura.

– Te vas a casa de tus padres, dije –, refutó Javier.

– No me importa si moriré aquí. Prefiero respirar por última vez a tu lado que regresar a la vida que tanto odié solo por salvarme, ¡entiéndelo! -, grité.

– Si me quieres ayudar, hazme caso. En cuanto resolvamos esto, yo mismo te buscaré -, dijo. Y hasta entonces me calmé.

Llegamos a casa y de igual forma tenía resguardo. Me sentía como en un

primer día de clases en una nueva universidad con gente desconocida. No sabía cómo reaccionar frente a mis padres. No los veía desde unos cinco meses atrás cuando huí con mi novio.

Desaliñada y llena de sangre por las heridas de Javier entré nerviosa y llorosa. Mi madre estaba allí en la puerta esperándome angustiada.

- ¡Al fin llegas, hija mía! -, dijo, al mismo tiempo que me abrazó.

- Sí, aquí estoy -, respondí confundida.

- Tu padre y yo ya sabemos lo que pasa. Tu novio se encargó de ponernos al tanto de la situación y las amenazas de Bernardo. No lo podemos creer, pero lo importante es que estás aquí y te protegeremos-, me explicó, pero igual seguía confundida.

Subí a la que era mi habitación, me duché y cambié de ropa. Luego bajé y mamá me esperaba con un caldo. Mientras comía, me explicó todo. Estaban en la ruina y en medio de la desesperación, junto a los Alarcón planearon una boda entre Bernardo y yo, sin imaginarse lo que me pasaba con Javier.

Al escaparme el plan se fue por la borda y la furia del niño mimado se desató, así que no descansó hasta hacernos la vida imposible. Investigó la vida de Javier y como pudo, con el asesino de su hermana, por lo que ahora tratarían de matarlo.

Mamá me pidió perdón, se sentía culpable. Sí, yo estaba furiosa, pero no quería darle más vueltas al asunto. Ya no aguanté más el cansancio y me quedé dormida en un sofá.

Al cabo de varias horas desperté y ya había llegado papá del trabajo. Se emocionó al verme y también me pidió perdón, lo cual acepté serenamente. Solo quería que terminara la pesadilla.

De pronto entró uno de los guardaespaldas y nos informó que hubo un nuevo enfrentamiento donde intervino la policía, la cual protege tanto a Bernardo como al asesino de Julieta, por lo que Javier tuvo que seguir huyendo y esta vez solo. ¡Como para morirme de inmediato!

Pasaron tres días. Yo apenas podía mantenerme de pie. Los Ramos llamaron a casa para avisar que el enfermo asesino había matado a Bernardo por no llevarle la cabeza de Javier. ¡Qué horror! A pesar de todo lo sentí mucho por ellos, pero mi preocupación seguía siendo Javier.

-Señorita Natalia, le tenemos noticias. León está fuera de peligro, pero en otra ciudad. Pidió que estuviera atenta al teléfono a las 8:00 p.m. Nosotros nos retiraremos. Descanse -, anunciaron los guardaespaldas.

Ahora no sabía qué esperar de este traumático desenlace. Realmente

estaba agotada de la situación, de no tener una relación tranquila y llena de paz.

Definitivamente la vida de Javier era complicada y no me sentía segura de ser parte de ella. Lo amaba con locura, pero sufría por todo lo malo que teníamos que vivir. Su sed de venganza superaba la relación. Me sentía confundida, pero tenía que esperar su llamada para aclarar todo.

CAPÍTULO XI

A las 8:00 p.m. puntual Javier llamó a casa. No quiso decirme dónde estaba escondido, pero me aseguró que estaba bien. Todavía convaleciente por los golpes que recibió, pero se estaba recuperando favorablemente. También me dijo que probablemente regresaría en dos o tres meses, pero que debía culminar el asunto con el asesino y luego de eso, podíamos pensar nuevamente en casarnos.

– Seré muy sincero. Te amo demasiado y quiero estar contigo, pero vengar la muerte de mi hermana es algo que juré y aunque he tratado de renunciar a ello por estar en paz contigo, no puedo y ahora menos, ya que, tú puedes ser una carnada para él, y eso no le perdonaría –, confesó. Rompí a llorar, era casi lo mismo que presentía y no estaba dispuesta a soportar.

– Javier, también te amo. Con locura. Y no quiero separarme de ti, pero la verdad es que estoy cansada de que nuestra relación sea de a ratos y complicada por tu extraño trabajo y persecución hacia ese tipo – dije entre lágrimas.

– Amor, si no estás dispuesta a aguantar hasta que cumpla mi objetivo, no te culpo. Para mí es más importante que te mantengas sana y salva aunque no sea conmigo. Te amo.-, dijo con la voz quebrada y colgó.

- ¡Javier, Javier, responde! – grité desesperada.

No podía creer que todo estaba terminando. Al final pudo más la maldad que nuestro amor. Me sentí destruida y sin ánimos de nada. Subí a mi cuarto a intentar olvidarme del mundo. Solo quería llorar y no despertar más nunca. No sé cuántas horas estuve llorando desgarradamente pero finalmente caí en un profundo sueño.

Pasaron los días, las semanas y un par de meses. Laura, como siempre Laura siendo mi tabla de salvación, se las inventaba de mil maneras para subiré el ánimo.

Me sacaba a pasear, de viajes y todo lo que me despejara la mente de mi despecho y aunque siempre esperaba una llamada o una aparición repentina de Javier para comenzar de nuevo, de a poco me iba recuperando.

Al cabo de un año, ya me preparaba para continuar a tope en mi carrera de medicina. Estaba emocionada porque también había logrado entrar a trabajar en una clínica que me servía para mis prácticas universitarias.

Pude mudarme sola a un modesto apartamento, pero en una buena ubicación donde apreciaba lindos lugares de la ciudad desde mi ventanal. Conocí gente nueva y me sentía a gusto con mi vida y hasta con mi familia.

Ya tenía 21 años y aún, muchas experiencias por vivir. Estuve saliendo con dos chicos de mi edad. La verdad es que fueron relaciones divertidas y relajadas. Ideales para vivir experiencias de fiestas, borracheras y todo eso que antes no había hecho.

Uno de ellos fue Sebastián. Un chico atractivo, alto, blanco, de cabello oscuro y barba de ensueño, sonrisa perfecta y un cuerpo atlético, pero de personalidad romántica; pero a pesar de ello, no dimos un paso más concreto. Teníamos demasiados planes a futuro, pero individuales. Sin embargo, probamos nuestras mieles de pasión.

Estaba acostumbrada a un sexo un tanto salvaje, pero con Sebastián fue otra cosa. Este chico acostumbraba a besar riquísimo y seducir con elegancia más que con propiedad. Cuando menos lo esperabas tenía su mirada sobre tus labios. Te cogía por el rostro delicadamente hasta que no te podías resistir a entregártele.

Sus jugueteos comenzaban por un choque de lenguas que te iban calentando. La última vez que lo hicimos fue en el balcón de su casa, después de una cena romántica. La luz de las velas nos cobijó mientras nos tumbamos sobre las colchas y los cojines que había acomodado en el suelo.

El calor de su cuerpo sobre el mío me hacía entrar en éxtasis. Sus besos recorrían mis labios, mi cuello y mis pechos. Su lengua mis pezones, sus manos mis muslos, caderas y sexo. La ropa comenzaba a molestar y poco a poco nos despojábamos de ella hasta que nuestras pieles ardientes se acariciaban una a otra.

Su erección recorría mi sexo al ritmo de la humedad y así, llegaba al punto exacto donde me hacía estallar. Con suaves movimientos entraba y salía de mí, haciéndome retorcerme de placer.

Me encantaba voltearme y que de un solo intento se metiera dentro de mí y que con su pelvis golpeará mis caderas, choque que provocaba que mis senos saltaran, de manera que entonces él me los apretaba haciendo que me excitara más.

Entre jadeos y gemidos nos corríamos los dos y luego disfrutábamos de un delicioso vino y entre risas y caricias terminábamos la noche. ¡Cómo olvidar esos momentos en los que tocaba las estrellas!

En un par de meses Sebastián se fue de vacaciones a Portugal y por allá se quedó. De vez en cuando hablábamos por teléfono para ponernos al tanto de nuestras vidas. De verdad se convirtió en un gran amigo.

Luego conocí a Ricardo. Un moreno de ojos claros y con cuerpo de

futbolista. ¡Sí que amaba ese deporte! Llegamos a ir al Bernabeu un par de veces. Le gustaba el Real Madrid y apoyaba a sus compatriotas brasileños. Era de sangre caliente sudamericana, así que se pueden imaginar cómo era en el sexo.

Ricardo exploraba cada parte de mi cuerpo desnudo como un perro sabueso. Le encantaba comenzar desde abajo. Luego de desnudarme abría mis piernas y lamía desde mis muslos hasta llegar a mi sexo. Se enfocaba allí al mismo tiempo que sus manos acariciaban mis senos hasta poner mis pezones como una piedra.

Me saboreaba como un dulce manjar y cuando sentía que se me cortaba la respiración, inmediatamente me penetraba. Me hacía jadear como un animal mientras me decía cosas al oído.

Entre sus palabras sexuales y ricos movimientos me hacía perder la cordura, así que le pedía a gritos que se corriera en mi sexo. Entonces justo antes de estallar, se salía de mí y se corría encima de mi humedad. Me complacía en todo.

Estuvimos saliendo varios meses hasta que un día, mientras paseábamos por un mall de la ciudad pasó algo inesperado.

Iba camino al tocador cuando de repente alguien se acercó a mí y me tomó de los hombros. – Te ves muy bien, eso me hace feliz -, escuché. Sin mencionar una sola palabra miré hacia arriba y era un hombre alto, bronceado, de traje y cabello rubio, finamente peinado. Creía que no lo había visto antes, pero ¡era Javier!

Seguí muda por unos segundos, mi respiración se aceleraba y mi corazón casi se paraliza.

– Tranquila, todo está bien, pronunció. No pude evitar sentirme como aquella vez en el estacionamiento de la Facultad de Medicina cuando un ladrón casi me roba e inesperadamente llegó él a salvarme. Recordé todo el episodio en cuestión de segundos.

Miré hacia atrás y estaba Ricardo esperándome con cara de desilusión. Sabía que ese hombre que me tenía tomada por los hombros era alguien que me hacía sentir una revolución por minuto. Volví a mirar a Javier y le dije que me tenía que ir, no sin antes intercambiar números de teléfono. Actué como si nada pasaba. Me despedí suyo y volví con mi cita.

Ricardo no preguntó nada sobre lo que acababa de ver, pero esa noche dejó de ser el mismo conmigo. Me dejó en casa y no pautó una nueva cita. Solo me dio las buenas noches y un beso en la mejilla. A pesar de todo, no

me sentí mal. Aunque me atraía, para mí era solo una distracción con falta de profundidad.

Sí, estaba descompuesta esa noche. No esperaba volver a toparme con Javier ni mucho menos verlo tan cambiado. Estaba totalmente diferente. Muy guapo todavía, pero con un semblante de esposo empresario dedicado a su familia. Aunque solo eran corazonadas que no me inquietaron demasiado.

CAPÍTULO XII

Al otro día en la facultad le comenté a Laura lo sucedido. Quedó impactada.

– ¿Le escribiste, amiga?-, preguntó.

– No, esperaré a que él lo haga. No quiero adelantarme a nada -, respondí. Me miró con cara de aprobación y nos fuimos a tomar unos té en la cafetería antes de irnos a su casa. Esa noche era el cumpleaños de su madre y habría una cena con muchos invitados.

Estábamos en plena celebración cuando recibí una llamada. El móvil vibraba en el bolsillo de mi pantalón y pensé en Javier, pero al mirar la pantalla, era Ricardo.

-¡Hola, Ricardo! -, digo al contestar la llamada

-¡Hola, Natalia! Disculpa la interrupción, sé que debes estar ocupada pero tengo algo que decirte. ¿Nos podemos ver? -, pregunta.

-¿Ahora mismo? -, le preguntó.

-Sí, es que mañana viajaré a Brasil a visitar a mi familia y luego no tendré tiempo de comunicarme contigo -, responde.

Le pedí un momento para consultarle a Laura si no habría problemas de que nos viéramos en su casa, a lo cual me respondió que no me preocupara.

-Ven a casa de Laura. Hay una fiesta pero no es problema. Te espero en el frente-, le digo.

-No te preocupes, no me tomará mucho tiempo-, me dijo antes de colgar.

Tan solo pasaron 30 minutos cuando se apareció. Tenía cara de preocupación pero sus gestos lo hacían ver sereno. Lo saludé con un abrazo y él también.

-Querida Natalia, ayer noté algo que me dejó muy pensativo y con el corazón roto-, me aseguró.– Ese tipo, el que te sostuvo cuando ibas al tocador se mostraba muy entusiasmado de verte. ¿Acaso es Javier, el exnovio con el que te casarías? -, preguntó.

– Sí, es él, pero no te preocupes. No pasa nada entre nosotros. Apenas lo vuelvo a ver después de un año -, le dije.

– Es que se te removieron sentimientos, se te nota y no quiero interrumpirlos. Además, debo marcharme por unos meses. No sé cómo te encontraré cuando regreses, así que lo mejor es despedirme y desearte que seas feliz -, me dijo antes de darme un beso en la mejilla y marcharse sin esperar algún comentario de mi parte. Me pareció extraño pero entendí que prefería dejar las cosas claras y en buenos términos... Mejor que Javier.

Volví a la fiesta, un poco sentimental, pero me dispuse a disfrutarla. Los padres de Laura eran tan divertidos como ella y los invitados también.

Pasó una semana y no recibía ni mensajes ni llamadas de Javier. No me preocupaba, pero pensé que en algún momento lo haría. Precisamente Laura sí me escribió para preguntarme al respecto y me incentivó a que lo hiciera yo... Y lo hice.

Yo: ¡Hola!

Javier: ¡Hola! ¿Quién me escribe?

Se me paraliza el mundo y dudo

Yo: Natalia.

Javier: ¡Ah, Natalia! Perdóname, olvidé apuntar tu teléfono. Fue muy sorprendente verte otra vez.

Yo: Sí, lo imagino.

Me sentí arrepentida de escribirle. Era obvio que no estaba interesado, por lo que no escribí más... Y él tampoco. Le conté a Laura lo sucedido y me aconsejó olvidarme del caso. Sin embargo, me aturdía saber que estaba de vuelta en Madrid, pero para distraerme me quité la ropa y me puse a leer un libro hasta quedarme dormida.

Una hora después, cuando ya casi caía rendida del sueño recibí una llamada de su parte. Apenas pulsé la tecla para contestar y me puse el teléfono al oído, no me dejó hablar.

– Sigues igual de bella y radiante que antes. Mucho más madura y feliz. Me alegro -, pronunció y colgó. Por un momento pensé que había sido un sueño y me dormí hasta el otro día.

Cuando ya casi salgo del departamento llega un mensaje a mi móvil de un número desconocido.

– Espero que tu día esté lleno de felicidad. Cuídate. Javier León -, decía el texto.

- ¿A qué juegas? -, le escribí.

– No estoy jugando, solo deseo que estés bien -, respondió.

- ¡Gracias!, pero no entiendo tu actitud-, le dije y ya no tuve más respuesta. Me molestó un poco, pero no di más vueltas al asunto. Ese día me tocaba trabajar todo el día, así que estaría desconectada total del mundo, pero no podía dejar de pensar en la situación. Javier apareció, cambiado, y más misterioso que nunca.

Por ese día ya no supe más nada suyo y tampoco quería saberlo. Total, el fin de semana vendría Sebastián de Portugal y posiblemente nos

reencontraríamos. La chispa entre nosotros era de amigos pero a veces iba un poco más allá y no quería que muriera como pasó con Ricardo, por culpa de un fantasma del pasado.

Todo marchaba bien. Sebastián llegó, salimos con Laura. Nos contó su experiencia en el largo viaje y lo pasamos de lujo ese fin de semana. De hecho, habíamos quedado en irnos los tres a Italia en un par de semanas. Yo lo necesitaba, ya que, otra vez se avecinaba tormenta.

Una vez instalada en mi hogar me dispuse a revisar el teléfono. Tenía varios mensajes de Javier desde el número desconocido, donde me explicaba que estaba casado, vivía en Madrid, ahora era empresario, tenía una nueva y cómoda vida, pero que al verme, revivió ese amor que habíamos tenido.

Sin embargo, no podía hacer nada. Apenas recién había formado su hogar y se le complicaba intentar algo conmigo. ¡Quedé en shock! No solo la nueva vida que construyó en tan poco tiempo, sino porque supuestamente todavía me quería, y además, ya daba por hecho que yo pretendía volver a tener algún romance con él.

Definitivamente ese no era el hombre del que me enamoré perdidamente. El cambio fue rotundo, pensé.

Como ya sabía los mal sabores que significaban entablar algún tipo de relación con él, decidí no darle más vueltas al asunto y olvidarme por completo que estaba de vuelta. Mientras tanto, tenía unas copitas encima y estaba caliente.

Sebastián producía eso en mí y como no quise apresurarme a nada, no le respondí a sus insinuaciones, entonces comencé a darme placer yo misma en el sofá mientras memorizaba sus provocativos labios y besos divinos.

Lamí mis dedos como lo hacía con su lengua y me encorvaba producto de la excitación que sentía. Mis pechos apuntaban hacia arriba y con la humedad de mis dedos acariciaba mis pezones por debajo de la blusa que llevaba puesta, hasta que me la quité. De sentirme mi torso desnudo imaginaba que Sebastián me acariciaba y poco a poco rodaba mi falda hasta dejarme en bragas.

Se ponía encima de mí y de un solo jalón me desnudaba por completo. Volví a lamer mis dedos imaginando sus besos y luego los introduje en mi sexo, mientras que con la otra mano me estimulaba los pechos. Jadeaba de solo sentir la sensación allá abajo como cuando Sebastián me hacía el amor.

Fui acelerando el ritmo de mis dedos en mi sexo y ya casi llegaba al orgasmo. Los introduje más fuerte y comencé a gritar. Me estaba corriendo

muchísimo, pero entonces mis pensamientos me traicionaron y recordó cómo Javier me hacía gemir de placer. A pesar de lo confuso rápidamente me fui a duchar para luego dormir.

Sí, era inevitable no pensar en ello, pero ahora tenía a dos tipos en mi mente. Uno al que amé como a nadie, pero no me hacía bien y ahora estaba casado; el otro, por el contrario, no tenía compromiso ni terminaba de comprometerse conmigo pero vaya que era una delicia estar a su lado.

Al otro día salí a pasear por la ciudad con Sebastián en su coche convertible. Entre tanta conversa le dije que Javier había aparecido y en peores condiciones que antes, así que con mucha serenidad me dijo: ¡Al demonio con ese tipo, disfrutemos la vida! Y aceleró a toda marcha mientras el viento movía mi cabello con libertad, con esa libertad que yo ahora sentía.

Luego paramos en un restaurante al aire libre. Era muy natural, así como los gustos de mi amado amigo. Disfrutamos de una deliciosa cena y entre risas me tomó la mano.

– Tenemos una historia juntos y créeme que apenas está por comenzar -, dijo.

Yo sonreí muchísimo y se lo acepté. Estaba muy feliz ese día, la verdad que sí. Hasta que apareció en el lugar Javier y su esposa. Una mujer de unos 27 años, alta, de cuerpo *fitness*, bronceada y rubia como él.

Con unos ojos azules que resplandecían donde llegara y tan sexy que hasta Sebastián quedó impresionado cuando la vio. ¡Putá madre!, me dije, pero mi amigo se dio cuenta de mi cambio de semblante y me pidió calma.

– Relájate, guapa. Estás conmigo y ninguna situación nos quitará el disfrute-, exclamó.

Como si no me hubiera dado cuenta de su llegada, continué la velada con Sebastián hasta que tocó irnos. No sé cómo, pero mientras salíamos, Javier de la nada salió y halo por un brazo.

– No es solo con el del mall, también estás con este tipo. ¿En qué te has convertido, Natalia? -, me susurró para no crear un escándalo con el ataque de celos que estaba protagonizando.

- ¡Suéltame, Javier! A la única que le debes pedir explicaciones es a la que te espera en la mesa-, le respondí y corrí rápido hasta el estacionamiento, donde ya estaba Sebastián. Con un poco de agitación me subí al coche y le dije que nos marcháramos rápido. Me dejó en mi casa y nuevamente tenía una llamada de Javier.

-No soporto verte con otro. Pensé que rehaciendo mi vida te olvidaría,

pero ya veo que no -, me dijo.

- Lo siento mucho, pero es muy tarde para tu arrepentimiento. Yo tampoco quise ni quiero tener una relación llena de misterios, angustias y muertes a tu lado. Tu sed de venganza no me lo permite -, respondí.

- Olvídate de eso, ya lo dejé a un lado. Ahora te prometo que todo será mejor. Te quiero a mi lado. -, aseguró.

- Ya te dije que no. Me siento feliz ahora y no pienso dar marcha atrás-, le dije con toda sinceridad.

- Haré todo lo posible para que estemos juntos de nuevo-, gritó.

Entonces no me quedó de otra que cortar la llamada. Nuevamente me atormentaba, y aunque me removía sentimientos de amor, no quería volver al pasado. Fue muy doloroso, pero entonces temía lo que fuera capaz de hacer. Así que mi mejor idea fue pedirles tanto a Sebastián como a Laura que adelantáramos el viaje a Italia, así tuviera que adelantar mis vacaciones en el trabajo.

Los chicos entendieron la situación y al cabo de una semana partimos a Milán, donde pasamos extraordinarios momentos. Laura conoció a un chico tan aventurero como ella y decidieron conocerse mejor en un tour solitario, por lo que Sebastián y yo pudimos disfrutar más tiempo a solas.

Siempre la pasábamos muy bien, pero había algo que no terminábamos de aclarar y eso era nuestra relación de amigos y un poco más; sin embargo, lo conocía tanto, que a pesar de su personalidad tan calmada, sabía que de ese viaje a Portugal llegó distinto, lo cual me encantaba, porque yo también estaba distinta.

Ese tiempo en que no nos vimos me ayudó a entender que sentía más que aprecio por él, entonces, antes de llegar a ese punto, decidí hablarle lo que hacía unas semanas pasó con mi ex.

Le conté de la llamada y las ganas que tenía de que volviéramos a entablar una relación, pero entonces le aseguré que yo no estaba dispuesta.

- Fue muy valiente tu posición, guapa. Yo en tu lugar probablemente habría caído-, me dijo. Pero yo esperaba más, quería algo más contundente de su parte, quizás celos.- Te repito, tenemos una historia por escribir -, agregó y me sonrió... Como solo él lo sabe hacer.

Luego nos fuimos a caminar por una plaza muy concurrida. Era ya de noche y hacía frío. Yo temblaba y Sebastián no dudó en abrazarme para darme calor. Mientras caminábamos, me tomó de la mano y de pronto paró.

- Desde el primer día en que te vi, supe que te quería a mi lado. No supe

si como amiga, enemiga, como novia, hermana o lo que sea, pero a mi lado. Sin embargo, ya comprobé que a partir de hoy te quiero como esposa -, pronunció y sonrió.

Estaba sorprendida. No era la primera vez que me decían algo así, pero lo de Sebastián fue distinto. No me estaba pidiendo matrimonio, pero sí formalizar la relación, sabiendo que me quería completa.

– Yo hoy en día estoy segura que quiero estar a tu lado como persona, amiga, novia, esposa y confidente. ¡Te quiero, Sebastián! –, le dije

–¡Yo más! – respondió él, seguido de un apasionante beso en medio de la multitud.

Estaba llena de dicha, como no me sentía en mucho tiempo y lo mejor, bajo cero incertidumbres o angustias. Sin embargo, en tan solo tres días debíamos volver a Madrid y de pronto recordé que Javier era capaz de todo.

CAPÍTULO XIII

Al regresar a nuestra ciudad, acordamos en comenzar a vivir juntos en su departamento, ubicado en una mejor zona que la mía y con mejores comodidades. Poco a poco lo fuimos arreglando para dos y parecía increíble. Finalmente las cosas se daban como yo quería. Fue un viernes cuando terminé de mudarme con él y después de cenar nos dimos una bienvenida de pasión.

Sebastián era el más romántico de todos. Tomó una rosa roja del florero que adornaba la sala y acariciaba mis labios con los pétalos, al mismo tiempo que juntaba mi cuerpo junto al suyo. Así me fue llevando hasta la alcoba.

De pie, la orilla de la cama me empezó a besar suavemente y colocó la rosa encima de las sábanas. Poco a poco me despojó de la ropa, le encantaba verme completamente desnuda y a mi desvestirlo también, de manera que su pecho rozaba mis pezones, sensación que me calentaba. Sus manos entonces apretaban mis nalgas y sobaban mis muslos.

Luego subía por mi cintura hasta llegar a mis senos, los cuales también apretaba y a la vez lamía rápidamente. Yo sentía su erección y la estimulaba. Ambos humedecidos nos dejamos llevar por nuestro instinto animal y nos metimos uno dentro del otro hasta convertirnos en uno solo. Yo me movía de arriba hacia abajo encima de él. Luego nos fuimos a la cama. Yo debajo y él sobre mí.

Tomó mis piernas y la llevó por encima de su cuello, de manera que pudiera sentir más profunda su penetración y así estuvimos unos segundos. Tomó nuevamente la rosa y ahora acariciaba mis pezones con los pétalos. ¡Divina sensación! Este hombre era un maestro del erotismo, me volvía loca.

Luego fue su turno de estar abajo y yo encima, era mi momento de dominar. Frente a él, abrí las piernas y poco a poco entré en su miembro. Se sentía caliente y duro. Cuando lo metí completo, coloqué mis manos sobre su pecho para sostenerme mientras mis caderas subían y bajaban.

- ¡Qué mujer tan divina!-, dijo, lo cual me estimulaba a acelerar mis movimientos.

Jadeábamos fuerte y así, encima de él me corrí. Mis gemidos placenteros se lo hicieron saber y entonces, me colocó de lado, así me volvió a penetrar mientras me besaba y apretaba la punta de mis pezones. Sus movimientos eran tan veloces que terminó corriéndose dentro de mi. Terminamos abrazados y llenos de besos hasta la mañana siguiente.

Sería un día perfecto, comeríamos junto a su familia y la mía, con el fin

de formalizar nuestra relación, así que arreglamos el departamento para la ocasión. Laura también estaba invitada y hasta su novio, el chico que conoció en Italia.

Realmente fue una cena perfecta, todos estábamos felices por las nuevas relaciones y lo que pintaba el futuro, lejos de sufrimientos y sometimientos. Al fin y al cabo, éramos adultos que ya teníamos claro lo que queríamos y yo más, quería el resto de mis días con Sebastián, un ser que me hacía sentir mucho más que una revolución por minuto. Sebastián me hacía sentir una tranquilidad infinita, una seguridad maravillosa y la mejor compañía que nunca pensé que tendría.

Javier León había quedado en el pasado, y aunque gracias a él pude descubrir que sí era capaz de valerme por mí misma sin estar bajo las faldas de mis padres, hacer mi vida a mi modo y abrirme al amor, definitivamente el camino que quería recorrer no era a su lado.

Aunque estaba segura de mi posición, sucedió algo que de momento me hizo dudar. Luego de despedir a los invitados revisé el móvil y tenía un mensaje de Javier. En el texto se disculpaba por sus impulsos al volver a verme, por los incidentes del pasado y por las intrigas, algo que nunca tuvo el valor suficiente para aclararlo por completo.

– No quería asustarte con mis problemas. Eras muy inocente en ese momento -, decía.

A pesar de ello, no le guardaba rencor, pero sí sentía una molestia por ese mensaje, en el que me dejaba claro que conmigo no fue capaz de abrirse, pero con su ahora esposa sí, ya que, supuestamente era un hombre nuevo y había dejado atrás las ganas de cobrar venganza por el asesinato de su hermana.

¿Por qué con ella sí y conmigo no?, ¿Por qué prefirió dejarme aquella noche cuando logró escapar del asesino?, me preguntaba una y otra vez. Entonces con esas mismas interrogantes le devolví el mensaje a Javier León.

Sebastián ya había terminado de despedir a su familia cuando llegó a donde yo estaba y me abrazó.

– Ya es hora de dormir, querida -, dijo y me tomó de la mano camino a la alcoba.

Luego de acostarnos, él enseguida se durmió y yo seguía pensativa y esperando respuestas. Estaba cayendo en un círculo vicioso. Es que mi ego me invadía. ¿Cómo era posible que ese hombre, tan insistente, no luchara por mí?, repetía en mi memoria hasta que finalmente concilié el sueño.

A las 6:00 a.m. del otro día desperté con la voz de Sebastián. Me había

quedado dormida y solo tenía hora para llegar al trabajo. Salí de la cama y casi corriendo me arreglé.

Camino a la clínica revisé el teléfono nuevamente y no había una sola notificación. Otra vez Javier ni se molestaba en responder. Así que dejé de darle vueltas al asunto. Este tipo no tenía interés y tampoco le permitiría que el contacto fuera solo cuando él quisiera.

Ese día tenía mucho trabajo y por la tarde había quedado en verme con Laura para organizar algo de la universidad. Como pude terminé lo más pronto posible para no dejar nada pendiente. Se hizo la hora de salir y entonces suena el teléfono. Era Javier.

-¡Hola, Natalia!, espero estés bien. Te responderé brevemente tus preguntas -, dijo, sin siquiera esperar a que respondiera el saludo.

- Espera, estoy un poco ocupada. Mejor llámame en la noche, ¿vale?-, le propuse.

-No, luego no podré. Pero con Chantal, mi esposa, pude salir de la depresión en la que estaba por tu ausencia. Era mi terapeuta. No quise dejarte, pero sí, quería seguir con mi vida como estaba y sé que tú no quería ni te merecías eso -, aseveró.

Agregando que con el tiempo, intentó buscarme de nuevo y hasta me espío, pero me vio tan tranquila y feliz que no quiso interrumpir. - Intenté darle una oportunidad a Chantal, quien comprendía mi situación y siempre se mostró muy interesada en mí, pero no la amo como a ti -, sentenció.

- Mejor dejemos todo hasta aquí y que cada uno continúe con su vida. ¡Que te vaya bien, Javier!-, le dije y colgué la llamada.

De inmediato llegó Laura y ya no tuve más reacción. No me provocó contarle nada y seguí con mis asuntos. Tampoco quería que eso me afectara al punto de dañar algo con Sebastián o descubriera que había estado en esa situación con Javier. Así que para evitar problemas, tiré mi teléfono por la ventana y reí a carcajadas con mi amiga. Quedó asombrada con lo que acababa de hacer.

Pasaron dos años y más nunca volví a saber de Javier León. Mi relación con Sebastián cada vez era mejor. Cada uno se dedicaba a lo suyo. Yo continué trabajando y estaba a punto de graduarme como doctora, mientras tanto, mi prometido se perfeccionaba como un magnífico artista plástico, reconocido no solo en Madrid y el resto de España, sino también en otros países de Europa como Italia, Francia y Portugal.

Juntos, emprendimos varios planes, entre ellos, recorrer todo el

continente, conocer Sudamérica, Estados Unidos y Australia, y organizar nuestra boda luego de mi graduación.

Durante uno de esos viajes, en Colombia, específicamente, recorriamos el Centro Histórico de Bogotá, donde se apreciaba un hermoso paisaje en la Plaza Simón Bolívar. Edificios con una arquitectura que llamaban la atención de Sebastián, así que tomamos un tour por tranvía para ver cada uno de los sitios más emblemáticos.

Al terminar el recorrido, Sebastián se quedó charlando con el guía y mientras yo caminé hasta una cafetería cerca para comprar unos té aromáticos. Hacía mucho frío.

Durante la espera, miraba los mostrados contemplando los dulces y golosinas que vendían en el local, cuando me llama la atención el reflejo de una persona en el vidrio. Era un hombre alto, de espaldas anchas, con una chaqueta de cuero negra, jeans desgastados, cadena de metal en la cintura y una melena rubia desprolija. Enseguida volteé y era Javier León.

-Prometí ser tu protector para siempre, ¿recuerdas?-, me dijo. Mientras que yo no pude responder nada, así que sin esperar los té, me fui corriendo del sitio hasta llegar donde Sebastián como si huyera de un fantasma... Y casi que lo era.

No le expliqué lo sucedido, por el contrario, inventé que vi unos tipos raros que intentaron perseguirme y por ello no había comprado nada, así que de inmediato nos fuimos al hostel donde nos hospedamos.

En la noche salimos a un bar cercano. Nos divertíamos juntos con unos chicos madrileños que conocimos en el lugar. Al cabo de unas horas me sentía cansada y le dije a Sebastián que iría a dormir.

Caminé rápido, era tarde y solo se sentía el frío y la soledad en las calles, cuando de repente apareció Javier. Salió de uno de los tantos hoteles por los que pasaba. Sentí un susto enorme y quedé estupefacta. Se me acercó, me tomó por el rostro y comenzó a besarme apasionadamente en medio de la calle.

Mis latidos aumentaban y el miedo y la adrenalina se apoderaban de mí. Así me fue llevando hasta su habitación. No me pude resistir y termine desnuda, envuelta entre sus brazos y gimiendo con lujuria como una de esas noches en que mi león me hizo sentir mil revoluciones por minuto.

NOTA DE LA AUTORA

Si has disfrutado del libro, por favor considera dejar una review del mismo (no tardas ni un minuto, lo sé yo). Eso ayuda muchísimo, no sólo a que más gente lo lea y disfrute de él, sino a que yo siga escribiendo.

A continuación te dejo un enlace para entrar en mi lista de correo si quieres enterarte de obras gratuitas o nuevas que salgan al mercado. Finalmente, te dejo también otras obras — mías o de otras personas — que creo serán de tu interés. Por si quieres seguir leyendo.

Nuevamente, gracias por disfrutar de mis obras. Eres lo mejor.

[Haz click aquí](#)

para suscribirte a mi boletín informativo y conseguir libros gratis

¿Quieres seguir leyendo?

Otras Obras:

[La Mujer Trofeo](#)

[Romance Amor Libre y Sexo con el Futbolista Millonario](#)

— Comedia Erótica y Humor —

[J*did@-mente Erótica](#)

[BDSM: Belén, Dominación, Sumisión y Marcos el Millonario](#)

— Romance Oscuro y Erótica —

[El Rompe-Olas](#)

[Romance Inesperado con el Ejecutivo de Vacaciones](#)

— Erótica con Almas Gemelas —

“Bonus Track”

— Preview de [“La Mujer Trofeo”](#) —

Capítulo 1

Cuando era adolescente no me imaginé que mi vida sería así, eso por descontado.

Mi madre, que es una crack, me metió en la cabeza desde niña que tenía que ser independiente y hacer lo que yo quisiera. “*Estudia lo que quieras, aprende a valerte por ti misma y nunca mires atrás, Belén*”, me decía.

Mis abuelos, a los que no llegué a conocer hasta que eran muy viejitos, fueron siempre muy estrictos con ella. En estos casos, lo más normal es que la chavala salga por donde menos te lo esperas, así que siguiendo esa lógica mi madre apareció a los dieciocho con un bombo de padre desconocido y la echaron de casa.

Del bombo, por si no te lo imaginabas, salí yo. Y así, durante la mayor parte de mi vida seguí el consejo de mi madre para vivir igual que ella había vivido: libre, independiente... y pobre como una rata.

Aceleramos la película, nos saltamos unas cuantas escenas y aparezco en una tumbona blanca junto a una piscina más grande que la casa en la que me crie. Llevo puestas gafas de sol de Dolce & Gabana, un bikini exclusivo de Carolina Herrera y, a pesar de que no han sonado todavía las doce del mediodía, me estoy tomando el medio gin-tonic que me ha preparado el servicio.

Pese al ligero regusto amargo que me deja en la boca, cada sorbo me sabe a triunfo. Un triunfo que no he alcanzado gracias a mi trabajo (a ver cómo se hace una rica siendo psicóloga cuando el empleo mejor pagado que he tenido ha sido en el Mercadona), pero que no por ello es menos meritorio.

Sí, he pegado un braguetazo.

Sí, soy una esposa trofeo.

Y no, no me arrepiento de ello. Ni lo más mínimo.

Mi madre no está demasiado orgullosa de mí. Supongo que habría preferido que siguiera escaldándome las manos de lavaplatos en un restaurante, o las rodillas como fregona en una empresa de limpieza que hacía malabarismos con mi contrato para pagarme lo menos posible y tener la capacidad de echarme sin que pudiese decir esta boca es mía.

Si habéis escuchado lo primero que he dicho, sabréis por qué. Mi madre cree que una mujer no debería buscar un esposo (o esposa, que es muy moderna) que la mantenga. A pesar de todo, mi infancia y adolescencia fueron estupendas, y ella se dejó los cuernos para que yo fuese a la universidad. “*¿Por qué has tenido que optar por el camino fácil, Belén?*”, me dijo desolada cuando le expliqué el arreglo.

Pues porque estaba hasta el moño, por eso. Hasta el moño de esforzarme y que no diera frutos, de pelearme con el mundo para encontrar el pequeño espacio en el que se me permitiera ser feliz. Hasta el moño de seguir convenciones sociales, buscar el amor, creer en el mérito del trabajo, ser una mujer diez y actuar siempre como si la siguiente generación de chicas jóvenes fuese a tenerme a mí como ejemplo.

Porque la vida está para vivirla, y si encuentras un atajo... Bueno, pues habrá que ver a dónde conduce, ¿no? Con todo, mi madre debería estar orgullosa de una cosa. Aunque el arreglo haya sido más bien decimonónico, he llegado hasta aquí de la manera más racional, práctica y moderna posible.

Estoy bebiendo un trago del gin-tonic cuando veo aparecer a Vanessa Schumacher al otro lado de la piscina. Los hielos tintinean cuando los dejo a la sombra de la tumbona. Viene con un vestido de noche largo y con los zapatos de tacón en la mano. Al menos se ha dado una ducha y el pelo largo y rubio le gotea sobre los hombros. Parece como si no se esperase encontrarme aquí.

Tímida, levanta la mirada y sonrío. Hace un gesto de saludo con la mano libre y yo la imito. No hemos hablado mucho, pero me cae bien, así que le indico que se acerque. Si se acaba de despertar, seguro que tiene hambre.

Vanessa cruza el espacio que nos separa franqueando la piscina. Deja los zapatos en el suelo antes

de sentarse en la tumbona que le señalo. Está algo inquieta, pero siempre he sido cordial con ella, así que no tarda en obedecer y relajarse.

—¿Quieres desayunar algo? —pregunto mientras se sienta en la tumbona con un crujido.

—Vale —dice con un leve acento alemán. Tiene unos ojos grises muy bonitos que hacen que su rostro resplandezca. Es joven; debe de rondar los veintipocos y le ha sabido sacar todo el jugo a su tipazo germánico. La he visto posando en portadas de revistas de moda y corazón desde antes de que yo misma apareciera. De cerca, sorprende su aparente candidez. Cualquiera diría que es una mujer casada y curtida en este mundo de apariencias.

Le pido a una de las mujeres del servicio que le traiga el desayuno a Vanessa. Aparece con una bandeja de platos variados mientras Vanessa y yo hablamos del tiempo, de la playa y de la fiesta en la que estuvo anoche. Cuando le da el primer mordisco a una tostada con mantequilla light y mermelada de naranja amarga, aparece mi marido por la misma puerta de la que ha salido ella.

¿Veis? Os había dicho que, pese a lo anticuado del planteamiento, lo habíamos llevado a cabo con estilo y practicidad.

Javier ronda los treinta y cinco y lleva un año retirado, pero conserva la buena forma de un futbolista. Alto y fibroso, con la piel bronceada por las horas de entrenamiento al aire libre, tiene unos pectorales bien formados y una tableta de chocolate con sus ocho onzas y todo.

Aunque tiene el pecho y el abdomen cubiertos por una ligera mata de vello, parece suave al tacto y no se extiende, como en otros hombres, por los hombros y la espalda. En este caso, mi maridito se ha encargado de decorárselos con tatuajes tribales y nombres de gente que le importa. Ninguno es el mío. Y digo que su vello debe de ser suave porque nunca se lo he tocado. A decir verdad, nuestro contacto se ha limitado a ponernos las alianzas, a darnos algún que otro casto beso y a tomarnos de la mano frente a las cámaras.

El resto se lo dejo a Vanessa y a las decenas de chicas que se debe de tirar aquí y allá. Nuestro acuerdo no precisaba ningún contacto más íntimo que ese, después de todo.

Así descrito suena de lo más atractivo, ¿verdad? Un macho alfa en todo su esplendor, de los que te ponen mirando a Cuenca antes de que se te pase por la cabeza que no te ha dado ni los buenos días. Eso es porque todavía no os he dicho cómo habla.

Pero esperad, que se nos acerca. Trae una sonrisa de suficiencia en los labios bajo la barba de varios días. Ni se ha puesto pantalones, el tío, pero supongo que ni Vanessa, ni el servicio, ni yo nos vamos a escandalizar por verle en calzoncillos.

Se aproxima a Vanessa, gruñe un saludo, le roba una tostada y le pega un mordisco. Y después de mirarnos a las dos, que hasta hace un segundo estábamos charlando tan ricamente, dice con la boca llena:

—Qué bien que seáis amigas, qué bien. El próximo día te llamo y nos hacemos un trío, ¿eh, Belén?

Le falta una sobada de paquete para ganar el premio a machote bocazas del año, pero parece que está demasiado ocupado echando mano del desayuno de Vanessa como para regalarnos un gesto tan español.

Vanessa sonrío con nerviosismo, como si no supiera qué decir. Yo le doy un trago al gin-tonic para ahorrarme una lindeza. No es que el comentario me escandalice (después de todo, he tenido mi ración de desenfreno sexual y los tríos no me disgustan precisamente), pero siempre me ha parecido curioso que haya hombres que crean que esa es la mejor manera de proponer uno.

Como conozco a Javier, sé que está bastante seguro de que el universo gira en torno a su pene y que tanto Vanessa como yo tenemos que usar toda nuestra voluntad para evitar arrojarnos sobre su cuerpo semidesnudo y adorar su miembro como el motivo y fin de nuestra existencia.

A veces no puedo evitar dejarle caer que no es así, pero no quiero ridiculizarle delante de su amante. Ya lo hace él solito.

—Qué cosas dices, Javier —responde ella, y le da un manotazo cuando trata de cogerle el vaso de zumo—. ¡Vale ya, que es mi desayuno!

—¿Por qué no pides tú algo de comer? —pregunto mirándole por encima de las gafas de sol.

—Porque en la cocina no hay de lo que yo quiero —dice Javier.

Me guiña el ojo y se quita los calzoncillos sin ningún pudor. No tiene marca de bronceado; en el sótano tenemos una cama de rayos UVA a la que suele darle uso semanal. Nos deleita con una muestra rápida de su culo esculpido en piedra antes de saltar de cabeza a la piscina. Unas gotas me salpican en el tobillo y me obligan a encoger los pies.

Suspiro y me vuelvo hacia Vanessa. Ella aún le mira con cierta lujuria, pero niega con la cabeza con una sonrisa secreta. A veces me pregunto por qué, de entre todos los tíos a los que podría tirarse, ha elegido al idiota de Javier.

—Debería irme ya —dice dejando a un lado la bandeja—. Gracias por el desayuno, Belén.

—No hay de qué, mujer. Ya que eres una invitada y este zopenco no se porta como un verdadero anfitrión, algo tengo que hacer yo.

Vanessa se levanta y recoge sus zapatos.

—No seas mala. Tienes suerte de tenerle, ¿sabes?

Bufo una carcajada.

—Sí, no lo dudo.

—Lo digo en serio. Al menos le gustas. A veces me gustaría que Michel se sintiera atraído por mí.

No hay verdadera tristeza en su voz, sino quizá cierta curiosidad. Michel St. Dennis, jugador del Deportivo Chamartín y antiguo compañero de Javier, es su marido. Al igual que Javier y yo, Vanessa y Michel tienen un arreglo matrimonial muy moderno.

Vanessa, que es modelo profesional, cuenta con el apoyo económico y publicitario que necesita para continuar con su carrera. Michel, que está dentro del armario, necesitaba una fachada heterosexual que le permita seguir jugando en un equipo de Primera sin que los rumores le fastidien los contratos publicitarios ni los directivos del club se le echen encima.

Como dicen los ingleses: una situación *win-win*.

—Michel es un cielo —le respondo. Alguna vez hemos quedado los cuatro a cenar en algún restaurante para que nos saquen fotos juntos, y me cae bien—. Javier sólo me pretende porque sabe que no me interesa. Es así de narcisista. No se puede creer que no haya caído rendida a sus encantos.

Vanessa sonrío y se encoge de hombros.

—No es tan malo como crees. Además, es sincero.

—Mira, en eso te doy la razón. Es raro encontrar hombres así. —Doy un sorbo a mi cubata—. ¿Quieres que le diga a Pedro que te lleve a casa?

—No, gracias. Prefiero pedirme un taxi.

—Vale, pues hasta la próxima.

—Adiós, guapa.

Vanessa se va y me deja sola con mis gafas, mi bikini y mi gin-tonic. Y mi maridito, que está haciendo largos en la piscina en modo Michael Phelps mientras bufa y ruge como un dragón. No tengo muy claro de si se está pavoneando o sólo ejercitando, pero corta el agua con sus brazadas de nadador como si quisiera desbordarla.

A veces me pregunto si sería tan entusiasta en la cama, y me imagino debajo de él en medio de una follada vikinga. ¿Vanessa grita tan alto por darle emoción, o porque Javier es así de bueno?

Y en todo caso, ¿qué más me da? Esto es un arreglo moderno y práctico, y yo tengo una varita Hitachi que vale por cien machos ibéricos de medio pelo.

Una mujer con la cabeza bien amueblada no necesita mucho más que eso.

Javier

Disfruto de la atención de Belén durante unos largos. Después se levanta como si nada, recoge el gin-tonic y la revista insulsa que debe de haber estado leyendo y se larga.

Se larga.

Me detengo en mitad de la piscina y me paso la mano por la cara para enjuagarme el agua. Apenas

puedo creer lo que veo. Estoy a cien, con el pulso como un tambor y los músculos hinchados por el ejercicio, y ella se va. ¡Se va!

A veces me pregunto si no me he casado con una lesbiana. O con una frígida. Pues anda que sería buena puntería. Yo, que he ganado todos los títulos que se puedan ganar en un club europeo (la Liga, la Copa, la Súper Copa, la Champions... Ya me entiendes) y que marqué el gol que nos dio la victoria en aquella final en Milán (bueno, en realidad fue de penalti y Jáuregui ya había marcado uno antes, pero ese fue el que nos aseguró que ganábamos).

La Mujer Trofeo

Romance Amor Libre y Sexo con el Futbolista Millonario

— Comedia Erótica y Humor —

Ah, y...

¿Has dejado ya una Review de este libro?

Gracias.

Table of Contents

[Romance: La universitaria y el chico malo motero](#)

[Por Susana Torres](#)

[para suscribirte a mi boletín informativo y conseguir libros gratis](#)

[CAPÍTULO I](#)

[CAPÍTULO II](#)

[CAPÍTULO III](#)

[CAPÍTULO IV](#)

[CAPÍTULO V](#)

[CAPÍTULO VI](#)

[CAPÍTULO VII](#)

[CAPÍTULO VIII](#)

[CAPÍTULO IX](#)

[CAPÍTULO X](#)

[CAPÍTULO XI](#)

[CAPÍTULO XII](#)

[CAPÍTULO XIII](#)

[NOTA DE LA AUTORA](#)

[Capítulo 1](#)

[Ah, y...](#)